COLSON WHITEHEAD

El coloso de Nueva York

COLSON WHITEHEAD

El coloso de Nueva York

El coloso de Nueva York es un tributo a la ciudad que nunca duerme, un homenaje literario al paisaje urbano y al ambiente fascinante y febril que dibujan sus habitantes. A través de trece episodios, el autor traza un recorrido visual por las calles de la ciudad, pero también por su propia memoria: qué se siente al contemplar Manhattan por primera vez, cómo Nueva York desplaza a sus habitantes de la soledad al calor del gentío… A ritmo de jazz, Colson Whitehead utiliza distintas voces narrativas para transmitirnos con total fidelidad la banda sonora —a la vez variada y fluida — de este lugar. Whitehead pone de manifiesto que Nueva York es una ciudad viva, una ciudad que representa la modernidad y el progreso, y como tal está sujeta a todo tipo de cambios, algunos de ellos de terribles consecuencias. El lector encontrará en estas páginas una guía de la ciudad, a la vez que una reflexión sobre su historia. *El coloso de Nueva York* se sitúa junto a los textos clásicos más iluminadores publicados hasta la fecha, como lo fueron en su día *Esto es Nueva York* de E.B. White o *Patria mía* de Ezra Pound.

«Un retrato perfecto y auténtico. […] *El coloso de Nueva York* es el bocado más exquisito de la Gran Manzana que he probado en años». GRACE LICHTENSTEIN, *The Washington Post*

«Una carta de amor a Nueva York. […] El coloso ilumina grandes momentos que definen la ciudad». *San Francisco Chronicle*

«Suena a jazz; profundo y maravilloso retrato de Nueva York». *Los Angeles Times*

«Evocativo y poético. Un clásico». *The Nation*

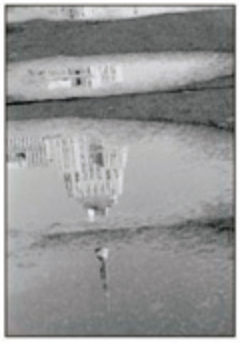
Colson Whitehead

El coloso de Nueva York

ePub r1.0
Titivillus 15.02.2019

Título original: *The Colossus of New York*
Colson Whitehead, 2006
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



COLSON

WHITEHEAD

A Kevin Young

Los límites de la ciudad

Yo estoy aquí porque nací aquí y en consecuencia no sirvo para ningún otro sitio, pero tú no sé. Quizá también seas de aquí y antes o después descubriremos que vivíamos a una manzana de distancia y ni siquiera lo sabíamos. O quizá te mudaste hace un par de años por cuestiones de trabajo. Quizá estudiabas aquí. Quizá viste el panfleto. La ciudad ha dedicado una cantidad considerable de tiempo y de dinero en prepararlo, con todo el conjunto de películas, programas televisivos y canciones… la idea esa de que «Aquí puedes conseguirlo». La ciudad también ha dedicado muchos esfuerzos para que tu población natal parezca de lo más sosa y pequeña, solo por si acaso alguna vez te preguntaras por qué a veces resulta una lata regresar a ella.

No importa cuánto tiempo lleves aquí, eres neoyorquino desde la primera vez que dices Aquello era el Munsey's o Allí estaba el Tic Toe Lounge. Que antes de que plantificaran ese café internet, solías arreglarte la suela de los zapatos en el negocio familiar que ocupaba ese mismo lugar. Eres neoyorquino cuando lo que estaba antes es más real y está más vivo que lo que hay ahora.

Empiezas a construirte tu Nueva York privada la primera vez que ves la ciudad. Quizá salías del aeropuerto en un taxi la primera vez que su perfil se elevó en el horizonte. Todas tus posesiones materiales iban en el maletero y en la mano sostenías una dirección anotada en un trozo de papel. Mire: aquello es el Empire State Building y allí están las Torres Gemelas. Quizá tus padres te arrastraron aquí de vacaciones siendo niño y te remolcaron arriba y abajo por las gigantescas avenidas para comprar los regalos de Navidad. Los únicos rascacielos visibles desde tu sillita eran las piernas de los adultos, pero acabaste por conocer bastante bien el suelo y empezaste a preguntarte por qué ciertas aceras brillaban en determinados ángulos y otras no. Quizá viniste a visitar a un viejo amigo que se había mudado el verano

anterior y se creó cierta confusión acerca del punto de encuentro donde habíais quedado. Saliste a la calle en Penn Station, en pleno ajetreo de la bulliciosa Octava Avenida, y casi te desmayas. Congela la imagen: ese instante es la primera piedra de tu ciudad.

Yo empecé a construirme mi Nueva York en el tren de la línea 1. Mi primer recuerdo de la ciudad es mirar por la ventanilla del metro al tiempo que este emergía del túnel camino de la calle Ciento veinticinco y se detenía en las vías elevadas. Era a principios de la década de los setenta, de modo que todo estaba sucio. Lo cual significa que todo sigue sucio, porque esa es mi ciudad y a ella me aferró. Y todavía hablo del edificio de la Pan Am, no por afectación, sino porque eso es lo que es. Para la recién llegada de Des Moines, que inicia su primera semana de trabajo en una aseguradora de Park Avenue Sur, el titán que asoma por encima de Grand Central es el edificio Met Life y siempre lo será. Por supuesto, se equivoca: cuando yo lo miro veo claramente las letras gigantescas que anuncian la Pan Am, ¿verdad? Y, por supuesto, a los ojos de los veteranos que mantienen el mito de que existió un tiempo anterior a la Pan Am, me equivoco.

Los libros de historia y los documentales televisivos están siempre tratando de proporcionarte todo tipo de «datos» acerca de Nueva York. Que Canal Street había sido un canal. Que el parque Bryant era un embalse. Paparruchas. Yo he estado en Canal Street y la única vez que vi correr un río por allí fue durante el último reventón. No escuches nunca lo que la gente te cuente de Nueva York, porque si no lo presencias, no forma parte de tu Nueva York y lo mismo daría que fuera Jersey. Salvo por el detalle ese de que los holandeses compraron Manhattan por veinticuatro pavos: hay y siempre habrá fanfarrones que llegan en el momento justo.

Existen ocho millones de ciudades descarnadas en esta ciudad descarnada: polemizan y discuten entre sí. La ciudad de Nueva York en que tú vives no es mi ciudad de Nueva York; ¿cómo podría serlo? Este lugar se multiplica cuando no miras. Nos trasladamos de un lado para otro. A lo largo de una vida tantos traslados suman muchos barrios, que conforman el variopinto material de construcción de tu metrópoli de edificación chapucera. Tus quioscos, restaurantes, cines, paradas de metro y barberías

favoritos son reemplazados por tus favoritos del siguiente vecindario. Al final suman bastantes. Sin darte cuenta, tienes tu propio perfil de la ciudad.

Regresas a tus viejos lugares preferidos de los barrios anteriores y qué te encuentras: que permanecen y han desaparecido. El restaurante barato, el colmado, la tintorería frente a los que pasabas la primera vez que llegaste mientras tratabas de hacer tuyas esas calles nuevas, ya no están. Pero mira por las ventanas de la agencia de viajes que ha reemplazado a tu pizzería. Detrás de las mesas, los ordenadores y los carteles que promocionan aventuras tropicales, todavía ves las porciones de napolitana enfriándose, el cortador de pizzas junto a medio pastel, el mapa de Sicilia en la pared. Todo sigue allí, te lo aseguro. El hombre que acaba de pagar un viaje a Jamaica no ve nada de eso, ve su escapada romántica, las vacaciones de la familia, lo que ese pequeño comercio de esa callejuela le ha prometido. La pizzería desaparecida sigue allí porque tú sigues allí también, y cuando el salón de belleza sustituya a la agencia de viajes, el caballero seguirá teniendo sus vacaciones. Y la señora su manicura.

Tragas con fuerza al descubrir que la vieja cafetería ahora es una franquicia farmacéutica, que en el lugar donde besaste por primera vez a Fulanita de Tal ahora venden electrodomésticos de saldo, que donde compraste la chaqueta que llevas puesta ahora hay un montón de escombros tras una verja de contrachapado azul y un futuro edificio de oficinas. Tu ciudad ha sufrido daños. Dices: Ha pasado de la noche a la mañana. Pero, claro, no es así. Tu pizzería, el limpiabotas de él, la sombrerería de ella: cuando estaban, los descuidamos. Por lo que a ti respecta, el lugar cerró al poco de la última vez que saliste por su puerta. (¿Hace diez meses? ¿Seis años? ¿Quince? No te acuerdas, ¿verdad?) Y se han abierto cinco negocios en ese mismo lugar antes de la agencia de viajes. Se han sucedido cinco vecindarios desde entonces, las otras ciudades de las otras personas. O quince, veinticinco o cien vecindarios. Miles de personas pasan frente al local a diario, cada una de ellas recorriendo las calles de su propia Nueva York, sin que ninguna de ellas vea lo mismo.

Nunca podemos despedirnos como es debido. Era tu último viaje en un taxi a cuadros y no lo sabías. Era la última vez que ibas a comer gambas Lago Tung Ting en aquel restaurante chino de aspecto sospechoso y no

tenías ni idea. De haberlo sabido, quizá habrías pasado tras el mostrador a estrecharle la mano a todo el mundo, habrías sacado la cámara y les habrías indicado cómo posar. Pero no tenías ni idea. Hay momentos decisivos que no se anuncian, un número concreto de ocasiones en las que abriremos la puerta principal de un piso. Llegado cierto punto estabas más cerca de la última que de la primera vez, y ni siquiera lo sabías. No sabías que cada vez que cruzabas el umbral te estabas despidiendo.

Nunca he tenido la ocasión de despedirme de ninguno de mis antiguos edificios. En algunos viví, otros formaban parte de la línea del horizonte que suponía eterna. Y nunca tuvieron ocasión de despedirse de mí. Creo que les habría gustado: me niego a creer que se mostraran indiferentes. ¿Dices que conoces bastante bien estas calles? La ciudad te conoce mejor que ningún ser humano porque te ha visto cuando estás a solas. Te vio armándote de valor para la entrevista de trabajo, paseando de vuelta a casa tras la cita de esa noche, tropezando con obstáculos inexistentes en la acera. Te vio estremecerte cuando te acertó la gélida gota que cayó desde el aire acondicionado del piso doce. Vio tu expresión de perplejidad al salir de la primera sesión, incrédulo ante el hecho de que todavía luciera la luz del sol tras una película tan larga. Te vio trotar por la calle después de conseguir las llaves de tu primer piso. La ciudad ha visto todo eso. Y además, se acuerda.

Piensa en lo que dirían todos los pisos en los que has vivido si se reunieran para intercambiar anécdotas. Podrían recomponer los principios y los finales de tus relaciones, quejarse de tus gustos en ropa y música, cotillear sobre en qué te conviertes pasada la medianoche. El 7J dice: De modo que eso es lo que pasó con Lucy Siempre supe que no funcionaría. Te apuntaste a yoga, dejaste el yoga, probaste remedios diversos. Probaste distintas personalidades y te libraste de todas ellas, y por eso tus viejas estancias se vuelven nostálgicas: ¿por qué tienen que cambiar las cosas? El 3R comenta: ¿Saxofón, dices? Yo le conocía cuando tocaba la guitarra. Aprecia tus viejos pisos y detente un instante cuando pases frente a ellos. Ríndeles tributo, porque son los conserjes de tus reinvenciones.

Nuestras calles son almanaques que contienen quiénes fuimos y quiénes seremos a continuación. Nos vemos en esta ciudad todos los días mientras paseamos por la acera y descubrimos nuestro reflejo en los escaparates de

las tiendas, nos buscamos en esta ciudad cada vez que rememoramos lo que había hace quince, diez o cuarenta años, porque todos los lugares de nuestro pasado son la prueba de que estábamos aquí. Un día la ciudad que construimos habrá desaparecido y, cuando eso ocurra, nosotros desapareceremos con ella. Cuando caen los edificios, nosotros caemos con ellos.

Quizá nos convertimos en neoyorquinos el día que comprendemos que la ciudad seguirá adelante sin nosotros. Para postergar lo inevitable, tratamos de fijar la ciudad, de recordarla tal como era, haciéndole a la ciudad lo que nunca permitiríamos que hicieran con nosotros. El chaval en el vagón de la línea 1 en dirección norte, el recién llegado que se baja en Grand Central, el memo parado en el cruce que no distingue el este del oeste: esas personas ya no existen, murieron hace un par de pisos, y no las recordaríamos de ningún otro modo. Nueva York no nos guarda rencor por nuestras personalidades pasadas. Quizá podríamos mostrarle una cortesía semejante.

Nuestros viejos edificios siguen en pie porque los vimos, entramos y salimos de sus sombras alargadas, porque tuvimos la suerte de conocerlos durante un tiempo. Forman parte de la ciudad que arrastramos con nosotros. Cuesta imaginar que algo ocupará su lugar, pero en este mismo instante gente con las credenciales necesarias está pensando en cómo rellenar los cráteres. Aparecerán las hormigoneras y girarán sus vientres, atronarán los martillos neumáticos y pasado un tiempo saldrán a la venta las postales con la nueva línea del horizonte. Como es natural, miraremos con recelo a los nuevos chicos de la manzana, pero seamos pacientes y no los juzguemos demasiado pronto. También nosotros fuimos los nuevos una vez.

Lo que sigue a continuación es mi ciudad. Convirtiendo este libro en una guía, con prácticos mapas codificados en colores y letras minúsculas, deberías seguirlo sin problemas y así no te llevarás sorpresas. Abarca tus vecindarios. O no. Coincidimos en parte. O no. Quizá hayas recorrido estas avenidas, quizá para ti todo esto es Jersey. No sé muy bien qué decir. Salvo que probablemente somos vecinos. Que nos cruzamos todos los días y no lo habíamos sabido hasta ahora.

Port Authority

Por alguna razón están todos destrozados, bajan arrastrándose las escaleras del autobús. De lo contrario habrían llegado de otro modo. Los paparazzi no les esperan para fotografiarlos. Las barricadas no frenan a los fieles. Al fin y al cabo, esta es la entrada trasera.

El aparcamiento es un anticlímax. Un hombre con gafas protectoras anota la hora de llegada. El encargado de los equipajes se escupe en la palma de las manos, una tarea menos hasta la hora de fichar. Miles de llegadas diarias, no paran de llegar. Personas diferentes pero todas iguales. Intentan colarse con expresiones variadas pero es inútil. Descienden por las escaleras, agarrando firmemente sus cosas, y el encargado saca las maletas de los contenedores, buscando las asas.

Todos están nerviosos y dan empujones: temen que alguien les robe las maletas. Todos han oído historias. Uno de ellos tiene un primo que vino una vez y fue víctima de la delincuencia callejera. Tuvieron que enviarle dinero para regresar a casa y esa fue la última vez que su clan estuvo en Nueva York. Existe una cosa llamada trilero dispuesto a timarte. Todos han oído historias similares y aun así todos han venido. Las maletas aterrizan en el cemento y las van recogiendo.

No importa su población de origen, no importan sus razones para pagar en la taquilla, en el autobús son todos iguales. Suben. Junto al conductor, evalúan la situación, se guardan los recibos en los bolsillos y maletas. Hay asientos libres al fondo. Todos quieren sentarse solos. Nunca has sido el

primero en subir al autobús y poder escoger. La gente tiene teorías acerca de los asientos de ventanilla o pasillo y qué zonas son más seguras en caso de accidente. El tipo ese no se da cuenta de que al pasar va golpeando con el talego en la cabeza de todo el mundo. ¿Está ocupado?, pregunta, y su vecina lo repasa de arriba abajo. Enseguida fruncen el ceño. Les bastan cinco minutos para acomodarse en un malestar perpetuo. Ojalá fuera capaz de respirar por la boca durante los próximos mil seiscientos kilómetros. Practica la técnica. En la siguiente parada la gente coloca las bolsas y las chaquetas en los asientos vacíos de al lado y evitan cruzar la mirada o se fingen dormidos cuando los nuevos peregrinos tratan de encontrar un asiento libre.

La carretera no ofrece muchas distracciones, salvo algunos anuncios de vez en cuando. Un parque industrial, el perfil confiado de una ciudad más pequeña que la que aparece en sus billetes cortados. Los carteles de la carretera llevan la cuenta atrás de kilómetros, a veces resultan alentadores. Otros detalles más furtivos se alejan como flechas de los faros para esquivar las miradas. A lo largo de tres estados la botella de zumo vacía gira por el autobús entre zapatos y bolsas. Nadie la reclama. Los responsables fingen no oírla. Seguro que esa de dos filas más allá lleva peluca. Ensayan nuevas posturas de piernas. Una recogida y la otra apoyada en el reposapiés. Ambos pies prácticamente en el pasillo hasta que se tropieza con ellos la tercera persona. Es largo de piernas y merece un trato especial. El hombre alto hunde las piernas en el asiento de delante, formando una chimenea. El de ella es el único asiento que no se reclina. Alguien ha arrancado la palanca y cualquier inclinación del resto de los viajeros le da envidia. Cada nueva combinación de las extremidades podría ser la que abra la puerta a la comodidad y luego al sueño. En cambio, partes que no importan se les duermen antes que el cerebro. Piernas, pies. Al cruzar las fronteras entre estados, las matrículas cambian de color.

Algo pasa con las maletas en lo alto del portaequipajes. Cuando vas a sacar algo, inexplicablemente, pesan más, como si se hubieran vuelto a hacer solas mientras no mirabas. Las cremalleras no se cierran, se quedan abiertas como si sonrieran. En la carretera, las imperfecciones inocuas tienen consecuencias. Se suelta el tapón del champú. El champú mancha la ropa, a gota por kilómetro. El olor a champú se filtra a través de la lona y recuerda las filas de duchas que se les niegan. Él se duerme apoyado en la ventanilla y al despertarse se fija en una mancha gris de grasa, una marca en una almohadilla teñida. Ella cree que ha dormido mucho rato pero han sido solo diez minutos. Apenas han avanzado.

Gracias a Dios por las fundas blancas desechables de los reposacabezas, un invento que nos protege de los gérmenes. Pendiente de patente. Sin dar muestras de gratitud, el autobús pasa de largo frente a la fábrica donde lo manufacturaron. El tipo del asiento contiguo no pilla las indirectas. Ella le manda señales, echa miraditas al libro, asiente o gruñe sin comprometerse, pero el tipo sigue charla que te charla. Al final, la chica cierra el libro y se rinde a la chachara. Si esta barra de pan le dura tres días más, cuando llegue a su destino tendrá nueve dólares y setenta y cinco centavos. Alguien está comiendo pollo frito, no cabe duda. El olor a pollo frito despierta el hambre y la envidia de la fila ocho a la quince hasta que alguien decide abrir una de las pegajosas ventanillas. El desinfectante del lavabo es un genio liberado periódicamente de su botella al que no le quedan deseos. Aguanta cuanto puedas antes de enfrentarte a semejante lugar. Durante quince kilómetros de carretera interestatal un hombre inspecciona su rostro en el espejo del lavabo. ¿De veras piensa empezar de cero en un lugar nuevo con esa cara? Si resistes el veredicto de los fluorescentes, la ciudad no representará ningún problema. Hace pis e intenta no salpicar a cada trompicón. Alguna que otra masturbación. El mundo pasa desdibujado por la minúscula ventanilla abierta de la ventilación. La tranquilidad refrescante de las toallitas húmedas. El pestillo cambia a libre. Luego, el asombroso regreso

por el pasillo para descubrir que el asiento ha encogido mientras estabas fuera.

El conductor es una especie de cura, que los salva cambiando de marcha. Un espacio en blanco sigue a las palabras Su conductor se llama. Cada vez con más frecuencia se duerme varios segundos al volante. Si le pides que suba la calefacción, tal vez lo haga. Conduce con gafas de sol de aviador. Anuncia una parada de diez minutos y los prisioneros salen como pueden al patio de ejercicios. Se pelean por conseguir comida rápida, es su última oportunidad de comer algo en no se sabe cuántos kilómetros. Ella reconoce a lo lejos a un tipo del autobús que está fumando un cigarrillo. Mientras el hombre siga allí, el autobús no se ha marchado. Forzados a establecer prioridades, algunos eligen comer antes que llamar a los seres queridos. Las monedas se acumulan. En las colas de comida rápida reina la tensión, ¿cuánto son diez minutos? Quedarse en el aparcamiento con unas patatas fritas calientes viendo alejarse las luces rojas del autobús. Mejor acortar la misión. Cuando regresan al autobús todavía les sobra tiempo y se quedan de pie como estúpidos, demasiado asustados para un nuevo intento. Todo el mundo ha olvidado coger servilletas.

Es el mayor escondite del mundo. Los inevitables fugitivos. Los olvidados, que solo recientemente han empezado a leer entre líneas. Esta es la siguiente parada lógica después del concurso de belleza. Todas las grandes agencias están aquí.

Él ahorró las propinas de todo el verano y verlas desaparecer en un billete de autobús le aceleró el corazón. No es el primero de la familia que lo intenta. La maleta es la misma que su padre utilizó décadas atrás. Esta vez será diferente. La carretera se retuerce. Ella tendrá ingenio y estilo. Con algo de suerte, él seguirá viviendo en la misma dirección y la verdad es que se llevará una gran sorpresa cuando le abra la puerta, pero al fin y al cabo le

había ofrecido la casa si alguna vez pasaba por la ciudad. Esperanza y deseo. A la luz de la fogata comprendió que aquel lugar era una locura y por la mañana hizo las maletas. Enviarán dinero a casa cuando se instalen, lo que puedan. Una parte. Reviviendo cada despedida. Mientras practica para borrar su acento, la chica se contempla la mandíbula reflejada en la ventanilla. Se le escapan las vocales. Nadie conocerá el mote que le vuelve loco. Todos se dicen que han tomado la decisión correcta. Y además, estás tú.

Repostan entre ciudades, deslizándose por rampas en pos de la gasolina. Oasis de diésel. Después de todo lo que han pasado juntos, el cambio de conductor se produce sin despedidas. ¿Qué es un pasajero para un conductor? Por lo visto los guantes esos sin dedos son la norma. Un conductor, ella nunca le vio la cara, solo la espalda firme. El autobús cambia cuando no miras. Es posible dormirse y despertarse y que todos hayan cambiado, todos los cráneos y cortes de pelo memorizados por accidente a lo largo de kilómetros han transmutado. Todo el mundo ha llegado a su destino y se ha bajado menos tú y podría darse el caso de que todos los nuevos alcancen su destino antes que tú y tú te quedes, en este asiento, como el único tonto empeñado en llegar al final. En un asiento, se sientan sucesivamente un bebé, un niño y luego un adolescente, y el próximo ocupante, seguro, será el siguiente en la escala de edad. Pero, por otro lado, el tiempo es una cosa bastante curiosa en un autobús.

Si creen que esas dos palabras, Nueva York, les arreglarán la vida, ¿quiénes somos nosotros para contradecirlos? Esperan durante muchísimo tiempo para ver el famoso perfil de la ciudad pero se despiertan en la puerta de llegadas y, de un bandazo final, los mandan a lo más lúgubre. Esta primera decepción los ayudará a aclimatarse. El tiempo aquí es siempre el mismo. Fuera puede ser de día o de noche, estar soleado o lluvioso, pero dentro de la terminal la luz se compone siempre de la misma mezcla mareante de rayos verdes. De hecho, no importa la hora del día que sea, todo el mundo

llega a la misma y con el mismo tiempo, y de este modo todos empiezan en igualdad de condiciones. En otras puertas los autobuses entran y salen de la terminal según los horarios. Rugen. La flota regresa poco a poco. Los autobuses parten con quienes necesitan marcharse y vuelven con recambios desde todos los estados. Los recambios están algo aturdidos después del largo viaje y las pequeñas brutalidades. Fila tras fila esperan a entrar en el pasillo. Ella tropieza porque se le ha dormido un pie. Él quiere darle las gracias al conductor, pero el chófer rellena el formulario del sujetapapeles y no alza la vista. Frente al contenedor de equipajes, cada cual recoge lo que es suyo, se cambian las bolsas de mano tratando de descubrir cómo soportarán mejor la siguiente etapa de la caminata. Se inclinan hacia un lado. Alguien respira hondo. La puerta se abre con suavidad, no son los primeros en bajar, y entran en Port Authority.

La mañana

Por la mañana las calles pertenecen a los camiones de la basura y de reparto del pan. Los empleados del servicio de limpieza se aventuran por las aceras tras las sobras, ese oscuro tesoro, recogen panes mordidos y mendrugos que los camiones del pan dejaron allí días atrás. Reparto y recogida. Glotones de doce toneladas mordisquean el bordillo y eructan hacia ventanas en ráfagas mecánicas. ¿Dónde hay un gallo cuando lo necesitas? En su lugar, cacarean los camiones hidráulicos. Almiares de periódicos ocupan la acera. Los cubos de basura vacíos resbalan hasta las esquinas, que los anclan. Los tenderos suben las persianas metálicas que repelen a los ladrones de mercancías que no vale la pena robar. Todo este chirrido metálico es la maquinaria de la mañana que se extiende a través de piñones y engranajes para reclamar lo que es suyo y despertarnos. Comprueba el despertador para ver cuánto rato de sueño te queda. Abajo, reparten y recogen. Cada uno de nosotros tenemos rutas que seguimos para que el lugar siga en marcha.

Dioses, un consejo. Para ganar conversos o reclutar ateos, cambiaos el nombre a Alarma de Repetición. Una divinidad fácilmente accesible, a mano, una oración que reacciona rápidamente a las yemas de los dedos, si no a los labios. Como los dioses más auténticos, da a los fieles lo que ya tenían y se los gana mediante la alarma. La exquisita tortura de la Alarma de Repetición. Retuerce una almohada para estrujar los minutos, su relleno. Esos botes salvavidas sacados de los armarios de la ropa blanca. Cinco minutos más podrían devolverte a ese sueño, a ese en el que eras feliz lejos de aquí. Era agradable y real y se ha cortado cuando llegaba la mejor parte. Casi habías llegado y entonces: bip, bip, bip. Como los mejores dioses, sabe fraccionar el paraíso.

Arriba. Levántate y anda. Enciende aparatos, luces y cafeteras, radios y televisores. Escucha a los presentadores de los noticiarios: mientras tú estabas aquí a salvo, el mundo podría haber perdido el rumbo. Deja que esas voces suaves te acaricien hasta que hayas terminado. Mira por la ventana para descubrirte en una morgue, para descubrir que una sábana blanca cubre a tu desafortunado conocido. De modo que anoche nevó. Aparta los ojos de esta ciudad un segundo y te la jugará. Te forja el carácter con sus jugarretas mientras duermes. ¿Dónde anda aquel suéter leal? Te mantendrá calentito. Quizá nadie se fije en que está lleno de agujeros.

Encara el día armado con la útil información de los programas matinales. Cruza los dedos, un incidente insignificante podría transformarse en un escándalo interesante. Cumpleaños de personas que comparten secretos esotéricos con la longevidad. Todos podríamos aprovechar un práctico gráfico informático, un locutor concienzudo y una coletilla de mal agüero en esta nueva fase de nuestra vida, sin embargo ningún técnico se esfuerza todavía en producirlos. Consulta la previsión meteorológica: hay un solecito dibujado sobre una región en la que no vives. Es la comida más importante del día: acepta en tu vientre lo que espera al otro lado de la puerta. No queda café. No queda leche. No queda suerte. Otra vez tarde. Llama para decir que estás enfermo, o no. Un vistazo al espejo del lavabo demuestra que el plan de rejuvenecimiento de anoche es el proyecto abandonado de esta mañana. Qué agradable despertarse junto a las caderas de tu esposa, pero entonces recuerdas la discusión de anoche y decides que sigues enfadado. Olvidas que si te saltas la ducha pasas el resto del día paranoico.

Ponte tu prenda de la suerte y todo saldrá bien. Ojalá hubieras hecho la colada, ahora no te encontrarías así. Laméntalo, rebusca, reúne. La bendición de un alijo secreto de calcetines a juego. La colonia de él se llama Hamper, «Recomendada por cuatro de cada cinco vaharadas». Ella se siente

traicionada. No una vez, sino repetidamente. Esta mañana todo conspira en su contra. La traición de un despertador estropeado, la reprimenda del trabajo pendiente que anoche ni siquiera tocó y ahora esta nieve. Un asalto bien planeado al equilibrio que terminará a medianoche, cuando se rompa el hechizo. Ni un solo reloj ofrece una palabra de ánimo, ni siquiera el del microondas, famoso por sus aceleraciones. Hemos practicado sobradamente nuestra respuesta a las primeras nieves y heladas. Tomamos posiciones.

Besos de despedida a los seres queridos. No quieres saber lo que ocurre en casa cuando no estás. Antes de cruzar el umbral, debe recitar el manifiesto que le da fuerzas. La puerta se cierra con un chasquido a su espalda y él sale al frío de la mañana. El viento es un crítico severo, conocido por sus giros sarcásticos, pero por una vez resulta agradable sentirse libre de la buena educación, recibir el mundo sin cobertura de azúcar. Esa chorrada de que «Hoy es el primer día del resto de tu vida». Un manto blanco ciñe los objetos del exterior. Abróchate el primer botón que reservas para las emergencias, hunde los puños en los bolsillos. La nieve ya está estropeada y mugrienta: a esta ciudad le bastan cinco minutos para acabar contigo. Los cánidos pigmentan los montoncitos de nieve, salvando a las bolas de su interior de las manos con mitones. Al derretirse, la nieve desenterrará las mierdas de perro; sin embargo, ningún arqueólogo se apresura a catalogarlas. Puñados de sal espantan a la nieve. Encargados de mantenimiento palean la nieve de las entradas para ahuyentar a las demandas. En edificios y bordillos, apiñada por las palas y el viento, la nieve se junta en busca de calidez. Todo el mundo se mantiene junto. Poco más tenemos salvo la seguridad que da ser muchos.

Una muchedumbre variopinta espera transporte. Salen de casa un cuarto de hora antes o después y se suman a un elenco concreto de personajes. Forman una compañía teatral nueva con todo su extraño repertorio. Calcula bien el momento para ver a tu amor secreto en la parada del autobús. Se mudó hace quince días sin decírtelo, pero mantén la llama encendida,

incondicional. Olvídate algo arriba y haz tus cálculos. Amarga coalición de los que se dirigen al trabajo. Ondean las banderas de sus países de nacimiento. Ella lleva solo una hora despierta y ya ha sucumbido, derrotada. Las gafas se empañan con el frío. Pasa frente a los puntos de referencia, todos tenemos puntos de referencia privados que cualquiera puede ver. A él, atisbar ese toldo en particular por la ventanilla del autobús le anuncia que casi ha llegado. ¿Llegarás a tiempo a la puerta? Perdón, disculpe, ¿qué prisa tiene? Él tiene su ruta calculada al segundo y hoy ha perdido minutos enteros y todo le sale mal.

Un sendero en la nieve. Andar pisando huellas facilita las cosas y así nos perseguimos unos a otros. Ni canciones ni estatuas recuerdan a los primeros pioneros, solo sus pisadas. Cada paso irregular te recuerda los peligros de la ciudadanía. De modo que la mañana se convierte en lectura obligatoria, en un manual de lucha contra las probabilidades. Los muertos de frío esperan a que alguien repare en ellos. La gente pasa de largo, viéndolo o no, obviándolo o indiferentes. Evita la nieve fangosa y sus intimidaciones. Los elementos trabajan para convertir tu determinación en nieve derretida. Avanza con tu peor pie por delante. Como si no estuvieras ya completamente despierto e impresionado. Caen gotas de nieve de los toldos. No hay nieve en los respiraderos de la calle. Qué no fundiría ese calor abominable del subsuelo. Los supersticiosos y los precavidos evitan pisar las puertas de acero que hablan del submundo. Corren rumores de gente que cayó al subsuelo secreto. Trasgos, duendes, la gente sin hogar. El acero traquetea bajo las pisadas valientes de la mujer, advirtiéndola. Las mañanas te matarán con sus trampillas.

Las faldas se alborotan, los sombreros salen volando, los ojos se resecan bajo los efectos del túnel de viento. Las cosas emprenden la huida. Las manos tratan de sostenerlas. La determinación fija. Este viento te lo va a robar todo, te hace resultar ridículo mientras intentas retenerlo. Son estos edificios altísimos y sus ardides arquitectónicos. Sombra en verano,

crueldad en invierno y, la verdad sea dicha, en esta estación se recrean. Te palmeas los muslos tratando de insuflarles calor, con las orejas ya no insistes. Nota personal: Comprar guantes. Los vendedores de periódicos y magdalenas rondan sus esquinas. Idéntico saludo para cada cliente. Recuerdan cuánto te gusta tu bollo, te ungen cliente habitual con ciertos privilegios. A mí me gusta solo. Sorpresas pegajosas al fondo de la taza de café, dunas de azúcar sin disolver. Toda la remesa de tapas para el café es defectuosa y va irritando a un cliente tras otro. Dos gotas de café en la camisa bastan para arruinarle el día. Las pulsaciones se aceleran, filtrándose en la conciencia. Hasta la tercera taza de café, no será persona. Hasta entonces, camina arrastrando los nudillos.

Los titulares tratan de penetrar bajo tu piel y la tinta barata de posarse en ella. Batalla y forcejea con los periódicos. Ojalá supiera al menos doblar debidamente el diario en el transporte público. Ojalá funcionara mi doble robótico, le mandaría a la oficina en mi lugar. De todos modos lo prefieren a mí. Intimas con un astrólogo por encima del hombro de ese desconocido. Con este traje parece idiota, pero es el único que tiene y, si se coloca como en un espectáculo de magia, disimula las mangas excesivamente cortas. Está demasiado gorda para estos pantalones y el popular programa de adelgazamiento que sigue. La lengüeta de la cremallera destaca en su protuberante cinturilla. Acaba de descubrir el sabotaje de la tintorería e idea modos de ocultar dicha traición a lo largo del día. Detalles así arruinan ascensos. Le creció por la noche en la mejilla y ahora nadie la mirará a los ojos en todo el día. Has descubierto tu primera arruga, que te ha retenido frente al lavamanos del baño. No tienes tiempo de comprar las cremas que recomiendan los anuncios. Olvida lo que dice el calendario: son estas señales irrefutables las que nos indican la llegada de la nueva estación.

La noche de ayer se cierne pesadamente en el cielo de la mañana, un tiempo que los meteorólogos no pueden describir por falta de la instrumentación adecuada. Intenta interpretar la pasión de anoche. Intenta encontrarle el

sentido a anoche: esta vez conseguiremos que la relación funcione a pesar de los precedentes. El único especialista en la disciplina llamada tú mismo carece de mentor, no tiene colegas. Él todavía está impregnado del olor de ella. Después del trabajo y antes de dormir dejas salir tu verdadero yo durante unas horas y ahora tienes que pagar por ello. ¿Cómo se llamaban y qué significó? Tal es el alcance de la *happy hour* y sus brazos engañosamente largos. Probablemente alguien merece una disculpa. No llegaste a casa. Tal vez nadie se percate de que ella lleva la ropa de ayer. Nadie comenta las extrañas marcas en el cuello de él y, al llegar a casa, maldecirá a todos sus colegas por no decir nada. ¿De qué hablarás alrededor del hipotético bebedero o junto a la máquina de café sólido? Si no lo planeas por adelantado, ¿quién serás?: un idiota más con una taza de papel en la mano. Resaca del alcohol. ¿A qué huelo? ¿Este horror emana de mis poros? Te hueles discretamente. Todos ellos tienen cosas que esperan a salirles por la piel. Deficiencia, pavor, esperanza sin metabolizar, aunque nadie les ha advertido de que esta última no huele.

Sigue al pie del cañón. Pasa junto al turno de noche que regresa a casa. Ellos ya conocen cuál es la situación en el frente pero no pueden describirla, no sea que vuelvas corriendo al bunker de casa. No omitamos a los niños, porque también ellos se enfrentan a este campo de minas. Tienen los pies más pequeños pero no están exentos del desastre. Mitones abrochados a las mangas. Pases de autobús doblados blandidos en alto. Escóndete un juguete en el bolsillo. No debería llevarlo al colegio, pero ¿quién discute el poder de los talismanes que regalan en los paquetes de cereales? Se instruye a los niños en el mundo cotidiano mediante amenazas elementales. Si los niños supieran que va a ser siempre así, se rebelarían, volverían a dormirse justo donde estuvieran, se tirarían al suelo del autobús, se derrumbarían sobre las aceras. La única respuesta cuerda, en realidad.

Todos a sus puestos. Mantén esta máquina a punto y en marcha. Entrega y recoge. Paga todos los días una cuota. Ponte a trabajar en la letra pequeña

de este contrato mientras aún estés a tiempo. Practica inflexiones de voz para la gran propuesta. Inventa tareas para ocupar al becario. Empolla para el gran examen. Tanto miedo y al final hoy el jefe no ha venido, el profesor está enfermo y en su lugar te encuentras con sustitutos crédulos. Este hecho arranca de los labios reticentes la primera sonrisa del día. Tanto lío para nada, piensas, pero en realidad has pagado una cuota. Uno tras otro, se suceden los largos días esperando a que te decidas. Hoy no. Quizá mañana. Tómate cinco segundos para recuperarte. Luego, todo el mundo de vuelta al trabajo, y va en serio.

Central Park

El primer día de primavera van al parque en busca de un antídoto, apenas conscientes del imperativo biológico. Todo el mundo tiene la misma idea. Después de todo, hace ya tiempo que no van. Llevan largos meses esperándolo, han marchado a través de la nieve embarrada y se han cubierto con suéteres. De modo que penetra en ellos con un chasquido, el ruido de un pie al pisar una ramita: es el Parque. El único lugar que olvidaron pavimentar. Algún día lo harán. Tranquilo.

¿Vamos por aquí o por allá? Las elecciones esenciales tomadas cada día están pavimentadas en cemento: un sendero que se bifurca. Debaten y deliberan hasta que parten al azar. Unos pocos minutos y la tarde ya está decidida. Posibilidades enteras perdidas por este primer error. La gente viste sus camisetas del primer día de primavera, los verdaderos clásicos de sus variopintos conjuntos. El resentimiento inunda los corazones de los habituales. ¿Quiénes son esos salvajes? Cada tarde ella se acerca renqueante a este banco con su reserva secreta de mendrugos. Su alcance se hace audible por el picoteo de las palomas. Cada anochecer él recorre el mismo sendero hasta el mismo árbol, solo para asegurarse de que sigue allí. En su vida hay algo seguro. Y ahora estos paganos con sus botellines de agua, y mira ese espécimen de ahí, sentado en mi sitio preferido.

¿Dónde sentarse? ¿Dónde sentarse? Todo nuestro futuro depende de esta elección. Los extraños abundan en sus costumbres. Un hombre y una mujer posan en bancos enfrentados, se descubren mirándose por turnos. Nacen especulaciones exageradas de cualquier nimiedad. Así prosigue el romance del banco del parque. Nadie da un paso. Los minutos se alargan al sol hasta

que la mujer se levanta y se va. De todas maneras, no funcionaría. Hombres marchitos han determinado que el tiempo medio de permanencia en un banco del parque es de diecisiete minutos. Así se emplea el dinero de tus impuestos. Los segundones del Departamento de Parques mantienen la paz desde sus coches verdes. Conocen los mejores lugares para echarse un sueñecito cuando los jefes salen a almorzar. Prohibido pisar el césped. Zona de acceso restringido. Próxima reapertura: ayer hizo tres semanas. Una niña dibuja una rayuela con tiza; otra, la Virgen María. La lluvia lo borrará todo del agnóstico cemento. Algunos patos. Está claro que se ha equivocado de calzado. Sonreíd, todos, sonreíd.

Ojo con los caballos y su estela de estiércol. Ojo con los humanos sobre ruedas. Sirvientes leales empujan a herederas en silla de ruedas. Yuppies sobre patines en línea queman la comida de media mañana. Siempre hay algún imbécil en monociclo. Un yogui demuestra sus asombrosos poderes y los mimos en su día libre hablan sin parar. Por el aire giran pelotas, planean Frisbees y vuelan epítetos. Unas cosas son más fáciles de atrapar que otras. Una banda de skaters surge a izquierda y derecha y se aleja echando chispas. De modo que sigues tumbado. De espaldas en la hierba. Qué azul más rico. ¿En qué estás pensando? En nada. Ella llama a esta subida Colina Rompecorazones porque eso es lo que es. Durante tres años fuera de tono con los tiempos, estudió las antiguas artes marciales solo para parecer idiota practicándolas aquí, en público. Hombres ya muertos dinamitaron la roca para deshacer las artesanías glaciales pero quedan tercas rocas erosionadas, nada dispuestas a desprenderse de las escrituras. Al trepar por ellas los niños se creen en la luna. Es genuino esquisto de Manhattan. No se admiten sucedáneos. Él deambula en busca de los viejos tiempos. El árbol al que trepaba con su hermano ya no es tan alto y desde entonces los niños han partido las ramas que ellos usaban de peldaños. De todas maneras, sube. Trece puntos de sutura.

Es un hecho poco conocido que aquí hay gente enterrada pero solo los asesinos conocen las ubicaciones exactas de las tumbas. Una sustancia húmeda invisible en el suelo y una ardilla muerta. Tanto hablar del pícnic para esto. Cumbres sentados en el suelo. Bienvenido a la Riviera. Se han cometido errores en lo referente a los pantalones cortos. A ese tipo le asoman las pelotas cuando se sienta al estilo indio y aquella mujer debería considerar muy seriamente depilarse si piensa salir así de casa. Arbustos, setos, oscuros matorrales. No os alejéis demasiado, niños, en algunas zonas se practica el sexo anónimo. Practiquemos sexo anónimo, ¿qué me dices? No lo toques, que cogerás la rabia. Palpa con un palito.

El fotógrafo famoso ronda por aquí con la cámara en busca de material de la vida real mientras sus víctimas actúan. De aquí a unos años, ella verá su fotografía en una galería y se preguntará por qué aparece llorando. Él la toca en el brazo y le dice: Solo quiero hacerte feliz. Oh. Hace poco unos chavales follaron aquí a la vista de los inquilinos de los áticos de lujo. El reloj digital gigante en lo alto de las oficinas centrales de una empresa les recuerda el toque de queda. Él pregunta, señalando: ¿Ves esa ventana? No, aquella. Antes vivía ahí. Los nuevos ocupantes se regodean y miran con ceño fruncido desde detrás del cristal tintado. Los libros de bolsillo se arrugan por el lomo. Los perros pasean. Algunos de los hippies más torpes bailan una giga.

Imperio de dientes rotos, rodillas arañadas y trocitos de cristal. Él es el rey de la zona de juegos gracias a su problema hormonal, roba juguetes y se salta la cola del tobogán. Su madre finge no darse cuenta y consulta el artículo que guarda en el monedero acerca de un nuevo tratamiento. Intrigas en la estructura de barras: los gemelos de camisas a rayas planean un golpe maestro. Los padres cotillean en los bancos. Verás, es cosa de familia. Dicen que aquí es donde conoció a su nuevo marido; los niños de uno y otro

se enzarzaron en una pelea en la casa del árbol y ellos se miraron a los ojos y lo supieron al instante. ¿Dónde está su botella? ¿Qué es ese ruido? Los columpios chirrían, cual gárgola afinando instrumentos. La mayonesa se vuelve traslúcida con el calor. Bajo los puentes de piedra, los trolls resultan invisibles. Él pensaba que ese sendero era de salida, pero en cambio cada vez se adentra más en el parque. Entonces aparece la espectacular malevolencia de una nube. La ves reptar por la pradera antes de que te alcance. Fría y brusca. Como un amigo.

Hay mucha gente corriendo. ¿Algo les persigue? Sí, algo diferente persigue a cada uno de ellos y va ganándoles terreno lentamente. Ella se siente en forma y esbelta. La gente se va quitando capas de ropa a medida que se adentra en el parque. Los suéteres no paran de caérseles de la cintura se los aten como se los aten. Las rayas a juego de la pareja de corredores no dan ninguna pista de que, en cuanto ella le revele su secreto, él se detendrá y se inclinará con las manos apoyadas en las rodillas. Como algunos de los árboles del parque, algunas de las miserias de hoy son perennes. Otras, caducan. Este es su décimo intento de sumarse a la cultura del footing. Con su última indumentaria lo conseguirá. Recupera el aliento y arriba. ¿Cuánto más? ¿Embalse de qué? Pequeños artefactos llevan la cuenta de los kilómetros de la pista. Despliega estas vueltas de su circuito cerrado para correr maratones. Él ha conseguido su mejor marca hasta la fecha, nunca la repetirá. De haberlo sabido, se la habría reservado para después de un duro día en la oficina o una discusión marital. En cambio, tiene las manchas de sudor para conmemorarlo. Un converso dice: A partir de ahora vendré todos los días. Es revitalizador.

Lo que de verdad necesitamos son polos. Si hubiesen previsto este calor, los vendedores habrían acumulado reservas de hielo. La limonada está templada, pero quién va a quejarse. Vayamos a la sombra. Los payasos se meten en las fuentes. Su familia parece más feliz que la tuya. Aquí es donde vinieron en su primera cita, de modo que él la conduce hacia el bosquecillo

y espera que caiga en la cuenta de que está equivocada. Ella consulta el reloj. El sol se refleja en las superficies de vidrio y en las piezas metálicas. Me alegro de que hayamos venido, pero ahora estoy cansado. No se ataja cruzando por el parque porque hay zonas por las que no se puede pasar, que están valladas, no hay caminos directos y ha perdido la oportunidad de organizar la fiesta sorpresa. Se están fumando un porro detrás de esa roca. El próximo, menos babeado, por favor. El chico recoge hojas y ramitas para un trabajo de la escuela, para examinarlas luego en el microscopio. Se lleva trocitos y fragmentos de este lugar. Probablemente se necesite un permiso.

Tiene pájaros y una proporción estable de contacto entre humanos y guano. Tiene sauces llorones. Me recuerdan a mí. Tiene estanques. La gente no se sabe ver en ellos y los acusa de estar sucios pero, en realidad, son espejos perfectos. Es un gran día para los caricaturistas: todo el mundo se ha acordado de traerse la cara. Bocetos benévolos se quedarán olvidados debajo de bancos y asientos de autobús. Los retratos más críticos desembocarán en nuevos cortes de pelo. ¿De verdad tengo la nariz así de grande? La piel, oculta durante todo el invierno, está falta de práctica. ¿Siempre he tenido este lunar? Y si lo tenía, ¿está creciendo? Sus llamativas mangas largas esconden marcas de vacilaciones, recuerdos de un mal verano. En la fuente hay demasiada cola. Pitorros superpoderosos empapan las caras. Él pasa corriendo, animando a gritos a su cometa. Un día estupendo para sacar a volar las cometas. Una vez lo probó en medio de Broadway pero resultó un desastre. El chico empieza a girar sin parar para marearse y andar raro. Súbete los calzones, niña. Ojalá tuviéramos hijos, le dice él, en un tono de voz acusador. Él nunca viene al parque a pesar de que vive a solo dos manzanas de aquí y ahora que se ha forzado a salir a la luz del sol todo sigue pareciéndole terrible. Menuda muñequita. Los antiguos filósofos lo explicaron mejor: es fácil ligar paseando al perro. No hay que estar en ningún sitio en especial. Solo ir a todas partes.

Verde. Durante varios minutos tienes la impresión de vivir en un lugar diferente al que vives. ¿Y cómo te sientes? Como si hubiera otras opciones. Y entonces un intimidador edificio alto asoma por el oeste, luego otro más, y una pandilla entera de edificios surge por el este y de pronto levantas las manos, te rindes. Estás rodeado. A los ejércitos no les va mejor. Piérdete demasiado cerca del borde y los edificios te recordarán la situación frunciéndote el ceño desde lo alto. Pero todavía no. Ella sigue adentrándose.

El banco que elige resulta ser la ubicación de la actuación de baile. Bailarines y músicos abren consulta en un rincón que, de acuerdo a su subcultura, trae buena suerte. Al principio están solos con la mujer del banco pero al poco los tambores atraen a los paseantes, primero a una pareja, luego a diez, y pronto un corro de gente que se balancea. Los últimos en llegar quieren saber lo que ocurre. Siempre llego demasiado tarde. La gente no puede contenerse y sigue el ritmo con los pies, con los dedos. Tras incalculables ensayos en sótanos, los bailarines se saben el espectáculo al dedillo. Echa un vistazo. En este instante, reunida en el parque el primer día de primavera hay una comunidad. Imagínate: y eso, en una ciudad. De vuelta a un tiempo anterior a la zonificación y el hormigón armado, son una tribu, los tambores hablan. Algo así no se puede planear. Todos saben que deben recordar esa sensación porque enseguida regresarán al envilecimiento habitual e intentan memorizarlo pero de pronto termina. Billetes y monedas llenan una cestita. Los tacaños desvían la mirada y después todo el mundo se aleja hacia el pequeño oasis siguiente. Nada de esto ha ocurrido. Salvo la mujer en el banco. La mujer despereza los brazos. Qué día tan agradable.

De repente todos quieren irse a casa. Tiene que ver con la luz. Todos saben doblar una manta. Los ciudadanos responsables recogen, recuperan los restos de sí mismos de entre la hierba. Debes llevarte todo lo que hayas

traído contigo. Debes dejar todo lo que hayas encontrado aquí: fuera no puede existir. La gente oye el tráfico a medida que se aproximan al exterior y recuerdan las normas. Es una ciudad grande y hambrienta pero sienten cierto alivio: otra vez conocen las normas. En el semáforo en rojo, él entra en razón, hace planes para cenar. Suspira. Por fin, fuera.

El metro

Después de esos escalones, giran los torniquetes y se aplican estrategias sobre dónde colocarse a esperar. Cuesta resistirse a la sospecha de que tu tren acaba de partir, el último chirrido del tren se perdió justo al llegar tú al andén y si hubieras actuado de otro modo todo habría ido mejor. Deberías haber salido antes, arreglarte menos. Reconsideraciones: parar un taxi, coger un autobús, ir a pata. No, está demasiado lejos y el metro está a punto de llegar. Tiene que estar al caer. ¿Por qué otra razón si no ibas a estar ahí esperando?

Este es el legendario viaje subterráneo, gente, y va a ponerse muchísimo peor antes de que empiece a mejorar. Nadie está contento con su suerte, en la otra vía pasan tantos trenes que tienen que espantarlos a palos. Desde su cabina secreta, el locutor unas veces tranquiliza y otras asusta. Las posturas en el andén se relajan o se tensan según el caso. Un cuadrante mide la cantidad de estática. ¿Cómo son los habitáculos de los hombres al micrófono? Un día saldrán a la luz los delitos fiscales del sindicato de locutores del metro y se acabarán los jacuzzis y las langostas, pero hasta entonces siguen descorchando champán. Mira una sola vez más hacia el interior del túnel y tu comportamiento delatará un desorden psiquiátrico. Es infeccioso. Se turnan para atisbar en la oscuridad y el andén es como un reloj: cuanta más gente espera en silencio, más rato hace que ha pasado el último convoy La gente va cayendo desde arriba en las dunas del reloj de arena. Se acumulan como segundos.

Hay una cultura para los andenes y una cultura para las zonas entre paradas. En el andén existen estrategias sobre dónde quedarán sitios disponibles

cuando se abran las puertas, dónde preferirás estar cuando te bajes, cómo ser más hábil que las némesis imprevistas. Son tantas variables que todos nos convertimos en doctores en matemáticas avanzadas. Un momento. La mujer esa de las orejas de elefante. ¿Sabe algo que él ignora? La mujer se está acercando al borde, y entonces también él oye el rugido. La manada tiembla, el león se aproxima, los instintos están alerta. Las fauces se abren y la gente entra. Ruidos diversos de atracón.

¿Qué vagón elegirás? Escoge el que quieras. En el vagón de los despreocupados el vataje de sus sonrisas ilumina los túneles. En el vagón de los que no van a ningún sitio en particular viajan reclinados. En el vagón de los que llegan tarde se ha desatado un festival de muecas. En el vagón de los que han tenido una larga jornada no quedan asientos libres. Por tanto debemos preguntar de nuevo: ¿qué vagón elegirás? Los dilemas se intensifican. ¿Alcanzaré el asiento antes que ella? Sus miradas se cruzan y calculan las distancias. Él baja de nuevo la mirada y se rinde, es su sino, se apoya en la puerta del conductor. En la siguiente parada el conductor tiene que abrir la puerta a empellones.

Que salgan, que salgan. De parada en parada los anuncios de pronto se van poniendo interesantes en un sentido extraño. A lo largo del paseo de la fama de los hongos se nos van presentando achaques. ¿Alguien en toda la historia ha anotado alguna vez el número de teléfono de ese dermatólogo de nombre siniestro? Después de tantos años, el hombre todavía confía en que los necesitados recibirán su técnica revolucionaria pero por ahora tiene que conformarse con esos anuncios de endeble cartón. Te reclutan. Anuncios que la semana pasada no significaban nada para ti ahora son tu última esperanza. Mira por encima de las cabezas. Ahí arriba te espera la salvación y tal vez un poema.

Tarda un rato en ver a la anciana y cederle su asiento. La embarazada, el hombre de la pierna herida. Una mala suerte, su buena educación. Córrete. Aléjate del borracho apestoso. Es solo el envoltorio de un caramelo pero nadie lo toca por miedo a lo que pueda contener y por tanto queda un asiento vacío en un vagón de metro atestado. Descubres un asiento libre pero cuando te acercas está manchado de refresco. En la parada siguiente alguien lo ocupa y te sientes culpable por no avisarlo pero en realidad no es asunto tuyo. La cara del hombre trasluce que el refresco ha traspasado la tela: ahora hay dos asientos mojados. Una biblioteca móvil. Biblias y best sellers ocultan las caras de los otros ciudadanos. Periódicos en lenguas extranjeras prestan servicio a las distintas comunidades. Tocas por accidente la parte de abajo de un asiento y te conviertes en partidario de endurecer las leyes antichicles. A medio camino de la entrevista, descubre dos errores tipográficos en su currículo. El hombre de su derecha dormita pese al traqueteo y apoya la cabeza en el hombro de ella, como si intuyera que es un ángel. Demasiado educada, se limita a darle inútiles toquecitos con el codo. La verdad, tiene gracia. La mujer del otro lado del pasillo sonríe al verla en semejante aprieto. En la siguiente estación, el hombre se despierta misteriosamente y sale disparado.

No sujeten las puertas, no se apoyen en las puertas, las puertas no son sus amigas. Si quiere amigos, no venga al metro, funde un club para gente con intereses similares. Va perfectamente ataviado salvo por los calcetines, que lo señalan y sentencian cuando cruza las piernas. El hombre sin hogar confía en que en el siguiente vagón sean más generosos. El músico de la trompeta rota molesta. La gente se estudia las rozaduras de los zapatos cuando pasa con la taza. Metes la mano en el bolsillo en busca de algo de cambio pero has olvidado que lo habías gastado para telefonear y te incomoda tener al tipo ese alargando la mano. Se dobla el abrigo sobre el regazo para ocultar una inexplicable erección repentina.

Fuera del túnel y, de pronto, una vía elevada. La ciudad de la segunda planta. Atisbar en pisos, curiosear vidas ajenas y lo que la gente cuelga en las paredes. Nunca hay nadie en los pisos. Al final el ojo capta los retablos de vida vecinal sobre todo como estados de ánimo, en su mayoría tristes y deprimentes. El hombre ve el vagón contiguo por las ventanillas y se pregunta si sus pasajeros serán felices. Los vagones arrancan de la misma estación y luego divergen. Dos líneas diferentes con estaciones terminales separadas, familiares pese al complejo parentesco. Y arrancan los dos. Su vagón toma la delantera, saca una ventana al siguiente, y luego la competencia se adelanta entre puntales. Su vagón alcanza al otro. Cruzan la mirada. Permanecen imperturbables. Este lugar los ha ejercitado para disimular la debilidad. Y entonces el otro vagón inicia su inmersión submarina, las vías se adentran más en las profundidades de la tierra siguiendo su ruta secreta, hacia el oeste o el norte, sin tiempo para despedidas. Dejémoslo en empate. Siempre queda una próxima vez.

Un porcentaje a punto de bajarse se levanta demasiado pronto. A punto, pero se han adelantado a los acontecimientos y fuera sigue completamente a oscuras. Una situación algo embarazosa. Ya han ocupado sus asientos. Él se pregunta si debería hacer transbordo mientras el metro para en la estación existencial. A correr. Todos se precipitan hacia la línea local, algunos se desvían hacia el expreso, en casos excepcionales los pasajeros que transbordan acaban ocupándose mutuamente los asientos de los nuevos vagones. Con estos trenes modernos, con estas vías modernas, ocurre menos pero a veces se va la luz y, entonces, ¿qué haces con todos los monstruos que te acompañan? Me acuerdo de cuando el metro costaba diez centavos. Si de pronto este vagón acabara en una isla desierta y quedaran atrapados, quizá consiguiera ligarse a ese tío. ¿Por qué te pegas a mí? ¿Está tratando de consultar el plano que hay detrás de ella o entrevistando a su cabellera: te toca hablar? Aquí está, la excursión de colegiales vestidos con camisetas idénticas para pasar el día en el campo. Adultos vivaces los

conducen y dirigen a gritos. Todos van apelotonados. Elige un compañero. Otra vez has elegido el vagón de los colegiales de excursión. Estás atrapado con los enanos lloricas. Como son demasiado jóvenes para el sexo, se golpean en los brazos unos a otros.

Estamos detenidos en el túnel por culpa de una intervención policial en la estación a la que nos dirigimos. Estamos detenidos en el túnel por culpa de un pasajero enfermo en el convoy de delante. Otra vez él, el coñazo legañoso. Para estar tan enfermo, no para. Tal vez esté más evolucionado y por eso es alérgico a la mugre y la velocidad. Haz una colecta para costearle una limusina privada al pasajero enfermo. Tratan de informar por los altavoces. Aquí abajo, cualquier percance irradia fuera del tren, generando excusas con argumentos de cuento. Lo que ocurre aquí abajo fertiliza el mundo de arriba. Hay pasillos estrechos para que los empleados subterráneos caminen sin que los aplasten. Tienen chalecos reflectantes y los que pasan de largo a toda velocidad les despiertan una enorme nostalgia. Cobran por ser topos. Por saber lo que es trabajar aquí abajo. La mujer descubre que tiene las uñas sucias mientras desaparece a toda velocidad.

Correa es un término anticuado, ya no define a las agarraderas. Ahora todo es de metal, hay comas giratorias, barras en disposiciones perpendiculares. Aunque todavía cuelgan, todavía caen, penden entre manos que se aferran. Unos pies tocan a otros. La barra está caliente, qué asco, ojalá no existiera la humedad de las manos anteriores. Los microbios se relamen. La mano de él resbala despacio por la barra hasta tocar los dedos de ella, que se baten en retirada. Él los persigue, chocan de nuevo, ella retrocede aún más. Las manos de los dos descienden sin que se miren. Una de tantas contiendas que se suceden aquí a diario. Cuidado con los frotamientos. Ajusta el equilibrio a cada bandazo. Si no sabes la hora, echa un vistazo a su reloj cuando pase a agarrarse con la otra mano. Aunque llegaran a su parada ahora mismo, sería demasiado tarde.

Se le acelera el corazón antes de que la mente procese el miedo: llevan demasiado tiempo entre estaciones. Hace bastante rato que no paran en una estación y resulta de lo más desconcertante. De pronto, te das cuenta de que has cogido el expreso. Dejas atrás las estaciones familiares, nunca habías ido tan lejos. Barrios de los que has oído hablar pero que no conocías. Cruzas bajo el río y, Dios mío, qué horror, otro distrito completamente diferente. Por lo que tú sabes, arriba podrían estar en pleno Apocalipsis y quién no iba a temerse un desastre, atrapado en el túnel de ese modo. Esta pendiente, ¿no se pasa un poco de pronunciada? Abajo. Han instalado raíles hacia el centro de la Tierra y allí nos dirigimos. Se cuentan historias sobre líneas fantasma, estaciones encantadas. Todos hemos pasado de largo por estaciones fantasma de salidas tapiadas pero con graffitis de letras serpenteantes. Abandona toda esperanza. Si el metro se detiene en una estación fantasma no hay escapatoria, vagaremos en el purgatorio. Eso lo explica todo: no lo sabía, pero hoy ha muerto y por eso el metro lo conduce al mundo subterráneo. Entonces, de repente, el vagón se para y tienes que volver a pagar para hacer transbordo.

Se balancean al unísono, al menos están de acuerdo en ese pequeño detalle. Si compruebas sus carteras, los nombres no cuadrarán. Si repasas sus oraciones, los nombres de sus dioses no coincidirán. Lo que quieren y aprecian, sus ideales y listas de la compra, son tan diferentes y numerosos como sus destinaciones. Pero no todo está perdido. Mira alrededor, están bailando una pequeña danza en el vagón del metro y, sin haberla ensayado, todos se balancean al unísono. Se zarandean y tambalean siguiendo las órdenes del vagón. Algunos incluso tararean. Todo el mundo colabora en grupo hasta la siguiente estación, donde algunos bajarán y otros subirán. Esta es tu parada. Baja. Baja y acelera, no vayas a quedarte atrapado en el submundo.

La lluvia

Fuera, en la calle, apenas se fijan en las nubes hasta que empieza a llover. Llueve a cántaros. Lo empapa todo al instante, no gota a gota. La primera gota es el pistoletazo de salida de la carrera, a cuyo estallido la gente corre en busca de refugios de lo más variopintos, se cobijan bajo toldos desgarrados o en el umbral de un restaurante y, de pronto, les apetece un café. Se apretujan contra los edificios como si fueran fugados. Carreras cortas y rápidas entre una protección horizontal y otra. Aquí no llueve. Seguro que para pronto, piensan. Esperarán allí. No puede durar siempre.

Previendo tal eventualidad, los vendedores de paraguas salen a hacer negocio. Esperan toda la semana una oportunidad así y van ampliamente provistos de billetes de un dólar. Las virtudes de su mercancía resultan evidentes. Ella coge el paraguas todos los días con independencia de lo que digan en las noticias porque nunca se sabe y la humedad la justifica. Abre el paraguas. Los empapados aprietan botones reacios y los mecanismos se abren con un pum. Bajo sus cúpulas personales, se destacan del vulgo. Qué fácil aislarse de las preocupaciones. Las puntas plateadas apuntan y disparan a las cuencas de los ojos. La probabilidad indica que las puntiagudas varillas de los paraguas dejan a muchos ciegos y seguramente tú serás la próxima víctima. En la esquina, él lucha con un fantasma por el alma de su paraguas. La ráfaga se impone mientras el hombre espera a que cambie el semáforo y el paraguas se dobla del revés. Las pérdidas son numerosas. Los heridos, los caídos en la batalla, asoman de las papeleras abandonados, con la tela negra meciéndose contra las ballenas de cromo partidas. Es su destino. O la papelera o el olvido en cualquier restaurante, cine, vestíbulo de un amigo, mientras lentamente siembran charcos por los suelos. En esta ciudad, tomarle cariño a un paraguas es el camino más corto

hacia el desengaño. Cualquier recuento serio revelaría que en la ciudad solo existen veinte paraguas, que pasan constantemente de mano en mano. Panda de calaveras. Así aprendemos de los paraguas lo que significa una pérdida.

Los nuevos ríos que corren paralelos al bordillo arrastran periódicos y suciedad a las alcantarillas. Demasiado grande para colarse por la rejilla, la basura cabecea atascada como si esperara, sin estilo, a que se abran las puertas de los clubes nocturnos. El líquido se filtra por debajo. A los caimanes les da igual. Al final, un zueco hace avanzar un charco. Cual esquirla de luna, la superficie del charco sufre los tormentos de pequeños cráteres. Cada gota que cae es una explosión que extiende la superficie del charco. Las ruedas del autobús cumplen su función en el ciclo del agua devolviendo el charco al aire. Confiada bajo el paraguas, se acerca demasiado al bordillo y acaba calada hasta los huesos. El enemigo ha atacado desde abajo. La autoridad del tráfico metropolitano confirma viejas lecciones: todos los charcos quieren abrazarte. Si no son los vehículos pesados, entonces son los niños con sus botas rojas los que detonan los charcos sobre la gente. La liquidan.

Te encuentra la nuca sin problemas. Resigue toda la longitud de la espina dorsal con avaricia. Bajo la más humilde de las lluvias la larga lista de recados se encoge hasta lo único que se puede hacer. Tanta limpieza en seco para esto. Por toda la ciudad disminuye el número de taxis disponibles mientras débiles dedos se inclinan y tiemblan a orillas del tráfico. El cabrón de la manzana anterior lo para sin darte tiempo siquiera a estirar el brazo, justo igual que tú resultas un cabrón para quienquiera que esté en la siguiente manzana. Se lanzan epítetos al flujo de vehículos sin saberlo los conductores. Lo único que quiere todo el mundo es llegar a casa, así que hacen sus cálculos y compiten entre sí. ¿Cuál es la mejor manzana para encontrar taxi? ¿Al este o al oeste, una calle más al norte o más al sur? Los cálculos se multiplican y dividen cuanto más rato esperas. El

superordenador cazataxis. La Sexta Avenida es de subida y la Séptima de bajada, son variables importantes. La hora del día, la fuerza y la dirección del viento, las manchas solares, el tifón ese del Pacífico, todos son consideraciones importantes a la hora de conseguir un taxi. Ella levantó la mano porque pensó que iba vacío, pero el taxi acelera y pasa de largo con sus pasajeros petulantes en el asiento trasero que ni siquiera la ven. En días así, basta el comprobante de una pequeña carrera en taxi para sentirte el rey.

Las parejas obligadas a permanecer en las entradas se besan tal como les ha enseñado el cine. Uno de ellos cuenta hasta tres y abandonan corriendo el último y precario refugio. A los pocos pasos recuerdan lo fría que es la lluvia. Se detienen en el siguiente puesto avanzado a recuperar el aliento y olvidan el frío de la lluvia. Es el inicio de la larga enfermedad de ella. El agua estropearía el envoltorio, así que él guarda el regalo bajo el abrigo, dándole a su tripa el contorno de un embarazo absurdo. Ella se oculta en la parada del autobús. Hace años que no coge el autobús y, en secreto, está aterrada. ¿Qué sentido tiene pagar para ir apretujada contra el resto de los pasajeros? Hacen planes a cubierto. Él no sabe adonde debería ir porque el papel se ha mojado y se ha borrado la dirección. Está perdido en un cruce. Abundan las gabardinas: es la convención de detectives que por fin han venido a atar todos los cabos sueltos. En todas las ventanas, apoyados en los alféizares, los que están secos miran a la calle desde lo alto y piensan: Menuda suerte no estar ahí fuera. Como si ellos no tuvieran problemas. La ventana de la habitación de al lado está abierta solo un centímetro, suficiente no obstante para que se moje todo el suelo sin que se den cuenta.

Hombre de convicciones liberales, consiguió este paraguas prometiendo dinero a la radio pública. El paraguas proclama que su portador apoya la radio pública. Va con una bolsa a juego. Ahora nadie sospechará que la mujer ha estado llorando. Al cabo de una manzana queda claro que los dos no caben debajo del paraguas plegable y que uno tendrá que conformarse con un único hombro seco. ¿Es este el final de su amor? El excursionista de

fin de semana avanza con aire resuelto y vestido para la ocasión, no está ante un acantilado ni un barranco y, además, va bien equipado. Las gafas de ella están demasiado mojadas para ver, de modo que se las quita y aprieta el paso entornando los ojos. Cuando entre en casa las limpiará con servilletas. Incapaces de decidirse por un solo lado, los limpiaparabrisas no paran. Insomnes como ríos. Qué rápido se convierte en un ladrillo empapado el periódico con el que él se cubre la cabeza. Pese a los tópicos, no le protege de la lluvia. Cuando alza la vista a las nubes desde la calle, cada gota se alarga, como un cometa, hasta que choca con su mejilla. No saben mal. Le cae una gota en el ojo y escuece más de lo que debería escocer el agua. Parpadea. Goterones cubiertos de hollín dibujan surcos bajo los alféizares. Los edificios son coquetos, lucen caras maquilladas por la industria. Esta supuesta limpieza deja más rastros de los que lava. Pero, claro, pocas cosas cumplen con lo que prometen.

El tinte de los calcetines nuevos tiñe de azul los dedos de los pies. Los zapatos tardan una eternidad en secarse. La última vez que llovió, los dejó debajo del radiador y al cabo de unas horas estaban retorcidos y contrahechos, como si desprenderse del agua les supusiera una gran agonía. La próxima vez se acordará del pulverizador repelente de agua. Lo venden en las farmacias. Protegida por su previsión, se pregunta por la etimología de la palabra galochas. Por supuesto, resulta ridículo andar por ahí con unas bolsas de plástico atadas a los zapatos, pero ni te imaginas lo que cuestan las galochas esas. El charco de la cuneta es más hondo de lo que parece, es un lago antiguo. Intentas esquivarlo de un salto pero te quedas corto y la laguna se desparrama dentro del calzado. Esta noche, los calcetines mojados y hechos una bola se secarán y endurecerán hasta convertirse en un par de puños sucios y rodarán bajo la cómoda donde permanecerán ocultos durante meses, instigando.

Él sube las escaleras y descubre que mientras estaba en el metro el mundo entero ha cambiado. Está todo gris. Se alza las solapas. Solo las gárgolas

parecen contentas, allá arriba en los tejados. Si tienes suerte, cuando te mueras te convertirás en una gárgola y colgarás ahí para siempre. Cualquiera diría que con el dinero que ganan los hombres del tiempo podrían acertar alguna vez para variar. Solo se recuerdan los desastres. El chico del colmado rompe cajas de cartón para extenderlas a la entrada de la tienda. Todos nuestros gestos inútiles. Así contenta al jefe, porque así lo hacían en los viejos tiempos. El vendedor de periódicos se toma con calma tanto billete mojado. Pero nadie quiere comprar un periódico mojado. Las pilas de diarios se empapan sin darle tiempo a cubrirlas. En la competencia del otro lado de la calle, los periódicos se amontonan bajo una lona transparente. Sobreviven los más fuertes, pero claro, él no tiene que cargar con un sobrino idiota. En la cabina se preparan para la siguiente incursión. Gástate todo el dinero en la peluquería para esto. De todos modos arrastrarán los pies por felpudos y suelos. Unos gemelos idénticos visten impermeables amarillos idénticos de los que sobresalen narices idénticas. ¿Qué es esto en el bolsillo del impermeable? Parece que la última vez que llovió vio una comedia romántica.

En la esquina es peor, las gotas de lluvia les golpean la cara como si fueran agujas o una prueba. El viento azota la lluvia a su alrededor. En cuanto encuentran aparcamiento deciden esperar a que amaine y se las apañan echando atrás los asientos en incómodos ángulos. Un pulgar roza un pezón. Al apagar el motor comprenden el verdadero encanto de la lluvia sobre el techo del coche y se abrazan con más fuerza. Aquí están a salvo. La conversación siempre acaba girando en torno al tiempo. Bajo los andamios las conversaciones entre desconocidos abarcan desde los simples gruñidos hasta auténticas relaciones. De lo más serendípico. Se filtra. De manzana a manzana la gente va desplegando un gran surtido de pasos, cualquier cosa comprendida entre andar y correr. Cada uno tiene una estrategia personal para moverse mejor en esta situación. Los mejores hace tiempo que se han rendido. Los mejores dejan de encorvarse, enderezan la espalda, dejan de esquivar la lluvia, aceptan las cosas como vienen. Parece que tienen que mojarse, así que se resignan. Es como soltar una carga y saber arrancarle un

pequeño milagro. Los más sensatos, que caminan a toda prisa, esquivan nerviosos a estas criaturas extrañas que caminan despacio y con naturalidad bajo el aguacero. Ciudadanos de una ciudad mejor.

Para de llover. Desde el río, ves las nubes cernirse sobre distritos adyacentes. Lo que significa ahora son problemas para el alcantarillado, fuera de tu vista y tu pensamiento. Abrir y cerrar el paraguas con brusquedad como para escurrir el agua del susto. Palpita como una medusa en aguas profundas y oscuras. Ella intenta abrochar la tira del paraguas pero el cierre de presión se le pierde entre los pliegues. Se ha mojado las manos. Hay quien piensa que es un truco del tiempo y por si acaso mantiene el paraguas abierto varias manzanas. Salen del cine y se preguntan si ha llovido señalando los charcos. Sí, está claro, ha pasado algo y ellos se lo han perdido.

Broadway

Una vez al año sale a caminar. Sin destino. Sin mapa. Si vives aquí el tiempo suficiente, acabas por incorporar una brújula. ¿Quién puede quejarse? Un tiempo unánime suscita las mismas frases en el centro que en las afueras: Bonito día, ¿verdad? De distrito en distrito. De modo que él pasea. Hoy no hará preguntas. Las calles no le organizarán el día. Saldrá solo. Tales son los términos de la tregua que ha pactado con Broadway.

Camina. Con las manos en los bolsillos o remando con los brazos en este oleaje. Da igual. Nada de pasarse de listo. Solo los tontos intentan timar a Broadway y siempre terminan con un billete solo de ida para salir de la ciudad. Sobre los postes, las placas de las calles bautizan las distancias. Los nombres de hombres acaudalados frecuentan las placas hasta que los números los exorcizan. Cuando se les acaban los nombres, los cruces optan por las matemáticas, pero qué clase de ecuaciones emergen de términos tan dispares: ¿Qué da Broadway multiplicado por la calle Once? Debo de haberme dejado el ábaco en los otros pantalones. Las señales cantan: Última Oportunidad y Liquidación Total. Durante un tiempo limitado solo tú puedes reservar mi corazón mediante el pago de un depósito. Todo el mundo a su alrededor tiene planes de pago, acuerdos para pagar por lo que quieren. Y él, ¿qué persigue? Él pasea.

Bonito día, ¿verdad? Los niños evitan las fisuras de la acera por miedo a que provoquen en sus madres una lesión en la columna. Avanza como un niño caminando en línea recta sin importar lo que se cruce en el camino. Una promesa en contra de los virajes. A ver cuánto aguantas. Los obstáculos obstruyen, los de la calle y los que lleva consigo. Mira todas las

cosas que se esconden en las grietas de la acera. Organicemos un homenaje a todos los hierbajos valerosos de esta ciudad, a todos esos seres anónimos que luchan por florecer, con sus brotes intrépidos y sus improbables puntos de agarre. Son ciudadanos ejemplares. Las semillas buscan mugre y no falta mugre ni faltan grietas para la mugre. Al fin y al cabo, este lugar se está desmoronando. Si escuchas con atención, se oye. Día a día contribuyes al desmoronamiento. Crees que este lugar te chupa la sangre pero, en realidad, ocurre a la inversa. Menuda amistad.

Avanza y titubea siguiendo su senda. Se abrió paso por la ciudad a la fuerza, avasallando la cuadrícula de calles. Una diagonal que atravesó las consternadas vías paralelas, que espantó a los parques a su paso, que estrujó edificios hasta convertirlos en hierros chatos. Por la noche es una cicatriz bien iluminada. A la luz del día, el Everest. Todos vosotros, caminad. Gruñimos y gemimos. Como si esta calle no estuviera más o menos nivelada, sino que fuera un sendero a través de la jungla. Hace solo un rato que la hora punta abrió el camino. Pisoteando, domeñando pendientes, equivocándose por ellos. Pero la maleza ha tenido tiempo de crecer hasta agitarse ante los ojos de los peatones, de espesarse hasta cubrir las huellas, y ahora todos son exploradores que van partiendo las ramas molestas. Nativos y turistas por igual se pelean con mosquitos diversos. Él ha vivido siempre aquí. A veces se va, pero nunca se le han dado bien los idiomas y para él cruzar la frontera del estado es viajar al extranjero. Los turistas descubren lo que él da por sentado. Torturan guías de viaje y discuten, dicen: Ya hemos pasado por aquí antes, mientras se mueven en círculos como los mejores veteranos. En esta ciudad siempre acabas donde empezaste. Confórmate con ampliar el radio poco a poco, no esperes nada más. Él ha vivido siempre aquí y los amigos huyen y también ella huyó, pero Broadway sigue aquí. Camina y empuja. Sigue empujando y quizá logres ampliar el radio. Saborea los centímetros que tanto cuesta ganar.

Atrapado en las esquinas, esperando a que cambie el semáforo. Le alcanzan. Para qué molestarse en adelantar si todos son tortugas maquinadoras a las que la fábula da la razón. Mira, ahí llega la liga de las mamas sensuales. Empujando carritos, arremetiendo contra los bordillos, conduciendo la progenie por la acera. Estar otra vez a salvo, ignorante de todo. Deditos que arañan el aire por encima de los carritos. La gente trata de hacer sonreír a los bebés de los demás mientras esperan a que cambie el semáforo. Los desconocidos siempre se ven borrosos. Una brigada de señoras embarazadas caminan como patos pero con dignidad. Dentro de tres meses florecerán convertidas en mamas sensuales, pero de momento solo buscan la tienda que vende ropa para ciudadanos nonatos. Las uniformará de negro rápidamente. A los fetos les inquieta en qué código postal acabarán y a golpecitos contra la membrana escriben en morse: Alquilar es de idiotas. Son demasiado jóvenes para saber que el útero te prepara de cara a las dimensiones de los apartamentos. Si piensas en lo de las dimensiones, esto es pura demencia urbanizada. El cielo tiene muchos metros cuadrados cuando se te permite verlo por entre los edificios. Todos a una: nos han timado. Pero llegados a este punto es imposible romper el contrato de arrendamiento.

El semáforo cambia y él vuelve a desear lo mismo: que cada paso que diera dejase una huella de neón. Cada paso, desde el primero que dio hasta estos de ahora. Así podría alcanzarse a sí mismo, perseguirse a lo largo de la ciudad y los años. Ver que la última vez que caminó por esta manzana estaba achispado o enamorado. Decidió, desorientado como hoy, no ir a ningún lugar en particular. Si pudiera ver sus pisadas, sabría cuáles son sus territorios todavía por explorar y adonde no volver nunca. Algunos de los comercios de toda la vida han desaparecido desde la última vez que estuvo aquí. Lo que ocupa sus locales es luminoso y brillante como unas llaves nuevas. Las llaves nuevas encajan en cerraduras nuevas. Aquí es raro que el establecimiento nuevo sea de menor categoría que el anterior, ojalá pudiera

hacer consigo mismo y sus ideas como las propiedades inmobiliarias: solo prosperar. Dios es testigo de que ha intentado adaptarse al mercado siempre cambiante pero la camisa nueva es solo eso, no va más allá: en cuanto entren, reconocerán la mercancía y objeciones de siempre. Ha hecho limpieza —a veces acaba con el cerebro muy sucio—, pero ellos no verán lo que ha renovado; es un oficio muerto, algo que solo recuerdan los directorios telefónicos antiguos. Herrero, afilador. Acelera el paso.

Camina hasta desfallecer. Pasa de largo por lugares en los que solo ha entrado una vez y no piensa volver, una pizzería, un bar de comidas, lugares que fueron el refugio de una noche o una tarde porque no quería llegar temprano, porque esperaba rato entre cita y cita, porque le había entrado pánico. Durante diez minutos o media hora mató el rato en la barra, desatendido por las camareras o picoteando algo horneado, una vez y ninguna más, y ahora el lugar es un monumento a aquel día y lo será durante años y años, con las ventanas algo más mugrientas y los carteles más descoloridos, hasta que un día se transforme en tienda de animales. Pasa de largo frente al escaparate renovado sin pensar, olvida que alguna vez te detuviste ahí, el cambio de propietario demuestra el traslado de esos viejos tus. Créetelo y desaloja así la verdad de las cosas.

En ocasiones como esta puede resultar beneficioso recordar algunos versos de la última novedad en libros de autoayuda. Viviendo tan cerca de Broadway, bajo su radiación día tras día, acabarás enfermo. En este tramo los porteros prohíben el paso a la chusma enferma, distinguiéndola de las epidemias más lujosas de los pisos de arriba. En ese tramo nunca se lavan los platos hasta que están todos sucios, permitiendo a los inquilinos tiempo para garabatear postales fraudulentas para lugares que nunca debieron abandonar. ¿Y quién vive en tu planta? Tu surtido personal de huéspedes de paso y enfermos confinados en casa. Menuda pandilla más rara. Las paredes aquí son de papel. La ira y la compasión han sido tus vecinos durante años, discusiones y chasquidos de lengua escuchados a escondidas, pero no se

han visto las caras desde hace años. Algunos no duran. El optimismo se saltó el alquiler hace tiempo, pero el cínico del ático de lujo no se marchará hasta que la policía lo saque a rastras de allí. Cargan con las maletas por la avenida, otra vez de mudanza. Siempre hay residencias más baratas si estás dispuesto a renunciar a tus principios. Firme aquí. Entregue un depósito. Te hipotecarían el alma.

Camina hasta que te pese el corazón con la carga. Él tiene rincones cargados: pasa por algunos sitios que le ponen los pelos de punta. La primera cita con ella en ese restaurante, la última cita en aquel otro. Su ex mujer vivía encima. Se pegaron el lote en esa entrada y un transeúnte le interrumpió su despliegue técnico. El hombre tenía que hacer una llamada, era muy importante, y las cabinas de esa calle estaban malditas, no funcionaban, devoraban las monedas, era un desastre. Él tiene rincones cargados y tú tienes los tuyos. Evítalos porque no quieres ni acordarte. Pavimento que te recuerda una noche que sería mejor olvidar. Baches que te recuerdan bajones de ánimo. Míralo hoy y proclama: Este edificio no tiene nada que ver conmigo. Para liberarte de todo lo que precedió, para moldear tu cara de acuerdo con el cliché de este lugar.

Elige tu yo. Sé célebre y famoso. Sé un artista moderno: elige un cruce concurrido y proclámalo tu obra maestra. A los críticos les encanta, aplauden tu sentido del color, se preguntan cómo has conseguido esas caras. Veo un trasfondo subyacente de alienación metropolitana, dice uno. Como las mejores obras de arte, lo has tenido siempre delante de las narices pero lo ves ahora por primera vez. Como las mejores obras de arte, te sobrevivirá.

Todo el mundo recuerda la ciudad. La ciudad recuerda a algunos. Él desaparece a cada paso. ¿Quién es en medio de la multitud? Elígelo de entre la gran plebe. ¿No sería curioso que a la ciudad le importaras? ¿Si, contra

toda probabilidad, dejaras huella, si todo este dar pasos fuera repartir limosna y en un momento improbable después de tantos años este lugar te sonriera? Ocurriría así, en una tarde parecida a esta, entre una esquina y otra. En cierto modo todos los edificios son lugares en los que has vivido, los buenos tiempos se asoman entre las cortinas. Todas las farolas han acordado concederte paso, rápido y seguro. Ya sería algo. Tropieza. Lleva los cordones desatados. Al fin y al cabo, esto es Broadway, y te deshará poquito a poco.

Sigue caminando. Estas cosas flotan en el aire y ¿qué va a hacer un chico contra ellas? ¿Es que estas maniquíes no tienen vergüenza? Mira cómo visten, ¿qué les pasa en los pezones? ¿Podría concertar una cita? Ojalá existieran leyes de zonificación que regularan los pensamientos extraños. Que los mantuvieran en otros vecindarios. Solo al cabo de unas manzanas se hace patente el sadismo de quien diseñó los zapatos. Las cosas se compran en las tiendas, las personas se compran en la calle. Sabes lo que quieres sobre la piel. Lo que elijas se desgastará mientras lo lleves. Olvídate de esta manzana porque no hay nada de tu talla. Siempre hay otra opción al otro lado de la calle y quizá te vaya mejor. Te dices: Cruza rápido y cruza también los dedos. Quizá la siguiente manzana sea mejor.

Aquí es donde rodaron la escena esa de aquella película, ya sabes, la del tipo aquel. Al fin y al cabo toda la ciudad es mentira. No es famoso, solo lo parece, pero casi lo consigue. Las celebridades de verdad dejan una estela de cuellos estirados. No sabía que fuese tan bajo. La versión sin censurar del director de su estado de ánimo actual incluiría múltiples tiroteos, ni un solo aporreamiento e incontables accidentes de tráfico. Pero no tiene presupuesto y tiene que apañárselas con efectos especiales baratos, maníacos adictos al bocinazo y gestos obscenos. Un tumulto no ensayado y de toma única, cámaras: acción; sonido: acción. A su alrededor la gente monta sus propios musicales, reclutando extras entre la multitud, seleccionando secundarios para su costoso gran espectáculo. Dúos no, por

favor, que nadie más se pavonee bajo los focos. Los otros peatones ocupan sus marcas, caen muertos, y él es el último hombre vivo en una ciudad solitaria por fin llevada al cine. A continuación, un baile por encima de los cuerpos postrados mientras la música se eleva. En todos los coches que pasan suena el éxito ineludible de esta temporada. Esa emisora de radio y su selección como resultado de los sobornos. Pasa un coche y luego otro o un comercio recoge el testigo para asegurarse de que tengas la letra siempre en los labios. De todos modos, ¿cómo se titulaba esta canción?

Camina hasta dejar clara tu opinión con los pies, como si hicieras vino. Desde las alcantarillas, las ratas se exclaman a coro; la vida es una discusión con el mundo que se alarga en el tiempo. Si alguien escuchara, valdría la pena gastar el aliento en ella. La gente que habla por el móvil cae en la cuenta de que la línea se cortó hace manzanas y se pregunta si tendrá el valor de repetir lo dicho. Mensajes mezclados, señales perdidas. Los amos de las vallas publicitarias barajan mensajes y señuelos, intimidan colgados por encima del nivel de la calle. Partes anatómicas aerografiadas. Le informan de un tratamiento nuevo excepcional o cualquier otra cosa indispensable. A falta de un bolígrafo, intenta memorizar el número de teléfono, repitiéndolo en forma de cantinela hasta que cancioncillas más vulgares ocupan su lugar, los fagots de los autobuses tratando de alcanzar el semáforo en verde, las castañuelas de los tacones altos sobre el cemento, y pronto lo único que le queda son dos dígitos y una causa perdida. Si tuviera el dinero, anunciaría su debilidad en todas las vallas publicitarias, en los muros de ladrillo de los edificios de antes de la guerra, y contrataría a dementes y perturbados para repartir folletos en las esquinas más concurridas: Este soy yo. Pero nadie compraría la mercancía porque la gente repasa las vallas en busca de lo que no tiene y ya tienen bastantes espejos en casa. Compra cualquier cosa en esta ciudad, que solo sirve para tener más bolsas de plástico vacías. Las bolsas de plástico vacías se acumulan formando blandas montañas blancas. ¿Dónde está el vigilante o el poli espabilado que libre a nuestras calles de esas bolsas de plástico vacías?

Cascaras de necesidad. Arrúgalas unas dentro de otras para ahorrar espacio. Machaca todas tus cosas rebeldes. Haz vino con ellas.

Se necesitan piernas de gigante para avanzar pero es irrefutable: está caminando más rápido. Sin saberlo, ha encontrado la manera de sumarse al ritmo de la calle y ¡qué pegadizo!, ha convertido sus pies en mazos, en repetidores percusivos. Haceos a un lado, patosos urbanos, apartad, moradores renqueantes. Que pasa él, marcando el paso. El semáforo en rojo cambia a verde en cuanto él llega al bordillo. Los camiones de reparto más grandes sonríen y se calan, cambian la ruta. Los tenderos cierran antes la tienda para echar un vistazo, la multitud ondea banderas en una esquina, es una ocasión que contarán a sus nietos. Ningún perro ha ensuciado por donde pisa, él no flaquea y ahora la orquesta empieza a tocar en serio, al final parece que tendrá su musical, entran grácilmente actores en esmoquin y actrices vestidas de fiesta, todos los ensayos confluyen en ese momento. Esta es mi ciudad. Él es el Rey de Broadway anatema de baches y bocas de alcantarilla. La infraestructura está débil y vieja y solo se mantiene sólida en un punto: bajo los pies. Lo izará. La ciudad te obliga a vestir una armadura y míralo a él, indefenso, tiró el casco y el peto hace manzanas, entre sus enemigos no hay brazos lo bastante fuertes para lanzar la flecha capaz de perforarle la piel. A su lado son todos unos cobardes. Inclinémonos ante él. Nadie se inclina. Este reino es interior.

Camina y luego aminora la marcha. Como cansado. Bastante hambriento. Escudriña los menús de los escaparates en busca de una buena comida. Los precios son escandalosos, se lleva la mano a la cartera y al tocarse el bolsillo se convierte de nuevo en mortal, reducido únicamente a lo que paga. Se acabó el paseo, tiene que parar, porque Broadway solo ofrece algo así una vez al año y a regañadientes. Es la pequeña degustación que les empuja a seguir y los mantiene aquí año tras año a la espera de estas tardes clave. Es lo que te da. Broadway es generoso y sabe que si no repartiera estas dosis se secaría. Estos regalos ocasionales no cuestan nada. Es terrible

y generoso. Broadway sabe que cada pisada es un latido de su corazón, que nosotros mantenemos el latido de su corazón, que necesita memos y ciudadanos para mantener la circulación de su sangre. Broadway sabe que si alguna vez llegara a saberse este secreto se vaciaría, de modo que periódicamente deja echar un vistazo. No cuesta nada, esta justa inofensiva.

Regresará el año próximo. Más o menos por las mismas fechas, dependiendo de los sistemas frontales y su propia meteorología interior. Porque Broadway y él se entienden. Él vendrá una vez al año hasta que muera y otro ocupe su lugar. Mueve esos pies. Camina y camina. Son los términos de la tregua que ha pactado con Broadway.

Coney Island

Tamaña multitud de hedores indica que tiene que ser verano. Es el asfalto al horno el que añade ese saborcillo especial. Está claro que este planeta, siempre inquieto, se precipita a toda velocidad hacia el sol. Algunos retozan como idiotas junto a las bocas de riego descorchadas, otros se dirigen a los confines de la ciudad. Al sur, hacia la playa, donde una escoba de aire salobre barre lejos de allí este tufo miserable. De modo que caen hasta el fondo del mapa del metro y se acomodan allí como monedas sueltas de diverso valor. Lo que encontrarán bajo sus pies no será asfalto, sino algo más furtivo.

Todas las quemaduras solares de mañana se reúnen a la espera. Las cabezas se disparan de un lado a otro en busca del hueco perfecto. Tierra cedida y robada. Este es el sitio. Intenta recordar tu fórmula personal para la comodidad en la playa, todo ese asunto de la toalla. Tuéstate a la parrilla. Para satisfacer a los hombres. La prueba arenosa de la última visita a la playa está pegada al cuello de la botella de loción bronceadora. Preguntar a la vez: ¿Me lo extiendes en la espalda? El sol lleva este bote medio derretido a furiosa ebullición, lo saca todo a la superficie, las relaciones pasadas, los cutis ocultos. Ese condimento extra. Las luchas de las tribus de los ancestros de todo el mundo han quedado reducidas al modo en que sus descendientes se protegen de los ultravioletas. La gente enfatiza ideas particulares sobre su cuerpo mediante camisetas, pantalones cortos y tops demasiado ajustados. Sácatelo todo y no olvides tus cicatrices favoritas.

Todo desaparece en la arena. Los objetos se pierden en la arena igual que la gente en las calles. Hay refugio en las orillas del nuevo mundo. Esta es la

acogedora comunidad donde se retiran tapas que hace años que ya no se fabrican, colillas que han visto días mejores, extremidades de cangrejos. Maderos arrastrados desde su tierra nativa por la marea. Trozos de espuma de poliestireno naturalizados juran la bandera y recitan los nombres de los presidentes a la menor provocación. Sucias gaviotas hacen la ronda, esquivando a las algas vagas y lloricas. Se rumorea que alguien está comiéndose un bocadillo por aquí cerca. Las carroñeras se van a picotear a otro lado, emprenden vanas misiones. Las moscas zumban y saltan encima de los muertos y los que lo parecen. El loco del detector de metales zigzaguea siguiendo un eficaz patrón de búsqueda o por mera costumbre para evitar los proyectiles que lanzan los adolescentes. Su sueldo neto es pasmoso. El número de llaves de casa perdidas de hoy encajará con la media diaria de llaves de casa perdidas. Los hipócritas se quejan de la calidad de la arena, como si ellos no la afearan, y también las carroñeras, que arrebatan a la tarde pequeños jirones de comodidad.

Línea del frente de la antigua contienda sangrienta entre ciudad y naturaleza. ¿De qué bando estás? Cada grano es un comando en misión de reconocimiento explorando puntos débiles de los que informar. Algunos de los lugares en los que se mete la arena: ojos, bocadillos, zapatos, bajo las camas, cabelleras, alfombras, alfombrillas de coche. Entrepiernas y troncos cerebrales y centros de toma de decisiones. Niños con cubos trasladan puñados de arena de un lado a otro para deshacer los diseños secretos de las mareas. Siglos para elaborarlos y ahora está todo arruinado. La regla reza así: violencia a propósito y belleza por accidente. Sus castillos se erigen orgullosos en solares empapados y, sin embargo, pese a su entusiasmo, un porcentaje muy pequeño de estos niños harán carrera en el mundo de la construcción, es muy raro. En verano no hay colegio pero la arena enseña lecciones. Lo que los niños moldean son ciudades, frágiles y en miniatura, pero no por ello menos ciudad. Es la imposición del orden natural a la naturaleza. La arena se escapa entre los dedos pero nadie capta la indirecta. Nuestros ejercicios juveniles. Lo que construyen no puede durar. Los horizontes frágiles son demasiado fáciles de destruir.

Esta franja cabalga sobre uno de los meridianos mágicos del mundo: sigue nadando y acabarás en Inglaterra, sigue excavando y acabarás en China. Eso dicen. Los niños van y vienen del borde del agua, se adentran cuando les parece seguro y huyen cuando las olas se acercan. Con una regularidad mecánica deprimente. Imitando a sus padres y el despiadado ir y venir del trabajo a casa. A veces una semana laborable te hace polvo, te pulveriza hasta el tamaño de las partículas. Los que viven cerca de autopistas reconocen el ruido de las olas. El océano circula en flujos y reflujos, es su trabajo. Los padres se adelantan para enseñar a su prole a nadar. Cierra los ojos. No ha estado tan mal, ¿verdad?, le dice una madre a su hijo. El niño escupe agua de mar. Las corrientes y la resaca son las manos del mundo que te asen para salvarte de las ciudades y su influencia. La infraestructura oculta de las olas. Acontecimientos ocurridos a miles de kilómetros de distancia encuentran su significado último en estas amables consecuencias sin importancia que mendigan en la orilla. Haz el muerto y abandona la sociedad, sin sonido, sin peso, solo tú y las fuerzas que te han empujado hasta aquí, que te han apartado. Sin ancla. A salvo. Es posible quedarse aquí, renunciar a la ciudad, nadar a contracorriente. El sentido de sus brazadas finales de hoy es un juramento de fidelidad. Mira qué concha tan bonita.

Incluso aquí los vecinos siguen estando demasiado cerca. Es una casa de vecinos horizontal. Detesta a los vecinos y su zafia charla a gritos, sus desafortunadas cantinelas. Envidia a los vecinos de excursión bien equipados. Sí, esos sí que saben, con sus neveras inagotables y sus sillas plegables de última generación. ¿Qué sacarán a continuación, una barbacoa Grillmaster 9000 o sencillamente a un chef famoso? Por favor, recompongan: partes que asoman de los bañadores, partes que reaccionan de modo natural a los cambios de temperatura, bordes penosos de la toalla, su actitud, porque me estoy poniendo de los nervios y ya que yo me tomo tantas molestias no podrían, por una vez, pasárselo bien. Probablemente no

es el momento adecuado para un ensueño sexual pero la vista argumenta lo contrario. La de cosas que esconden cuando se visten para vivir en sociedad. No parpadees o te la perderás… la muestra anual de afecto de ese padre hacia su hijo. Verlo es como mirar el sol. Puede dejarte ciego.

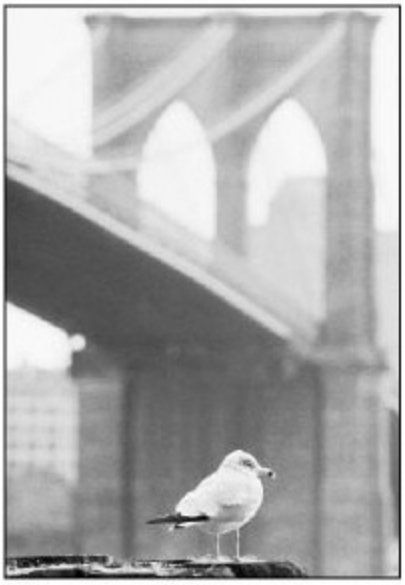
Lentas gabarras arrastran neumáticos y exiliados cual negras puntas de flechas surcando el cielo azul. Cacharros de madera garantizan el equilibrio. Por toda la parte alta del embarcadero los pescadores ensartan esperanza en los anzuelos y los lanzan al agua, luego esperan un leve picoteo. Por los lados del embarcadero, los percebes se enganchan con una tenacidad propia de chivato de Hacienda. De una punta a otra del paseo, los visitantes establecen su velocidad de crucero. Debajo del paseo es donde se almacenan los candidatos a alcalde fracasados. Inverosímiles viveros de almejas. El vendedor de perritos calientes. Lo que era verdad para los ciudadanos hace cien años sigue siéndolo. Generación tras generación se maravillan ante el aire salado como si fueran los primeros en fijarse en él. Se guardan para sí los extraños sentimientos despertados por la novedad de contemplar un horizonte después de tantos días sin horizonte. ¿Qué hacer con estas nociones? Los veteranos ya lo han visto todo. Nosotros somos las reposiciones que no pueden evitar mirar. Los veteranos te contarán que cada tablón del paseo tiene una historia que contar y un nombre secreto. Cosa que de hecho es mentira. Al fin y al cabo, es solo madera muerta.

Fuera de temporada este lugar está muerto. No se lo digas a nadie, pero la noria es un engranaje del gran motor de la metrópoli y cuando se para el sistema, falla. Los viajes en las atracciones de los parques esconden otras cosas. En dosis médicas, las visitas a los autos de choque pueden prevenir la cólera en carretera. Respeta el miedo a los pernos sueltos, las eventualidades estadísticamente inevitables, el problema de abuso de determinadas sustancias del operario de la atracción tal como sugiere su mirada vidriosa. Los asientos de metal antiguos se pintan cada temporada. Metal negro como una mancha donde la gente apoya las manos. Todavía

tienen que inventar la pintura de parque de atracciones que resista los agentes corrosivos del sudor provocado por el miedo. No hay manera de evitarlo, todo el mundo debe subir al Ciclón. Un bucle de cinta alzado por la brisa, que cae en picado por aquí y se retuerce por allá. De aspecto desvencijado. Puntales y vigas, palillos y pajitas. Las cicatrices viejas son las mejores. Las parejas hacen cola nerviosas. El primo del campo que ha venido de visita es azuzado por parientes sádicos. Cuentan historias terroríficas sobre la tasa de accidentes mortales para asustarle, pero cuando las barras protectoras se cierran de golpe se creen sus propios cuentos.

Demasiado tarde para echarse atrás. Chilla si crees que puede servirte de ayuda. Estrújame el muslo según lo previsto. Ciudadanos de esta nueva ciudad vertiginosa. Arriba y abajo. Si oscilas de este lado tienes el océano encima en forma de ola, como una penumbra que te hace señas, si oscilas del otro te estampas contra las torres de pisos, contra sus anchas fachadas. Tu cabeza sí que es una montaña rusa tratando de reconciliar dos propuestas contradictorias. Tierra y espacio, cemento y aire, ciudad y mar. Vida y muerte. Elige rápido. La ciudad y el mar no se llevan bien, nunca lo han hecho. Dos combatientes malhablados, dos viejos enemigos enconados. Este viaje son los dos peleándose a puñetazos y tú cabalgando sobre sus brazos, bajas y subes y te deslizas y giras sobre tendones y músculos en movimiento. Ojalá pararan de reñir por nosotros. Ahora estás mareado. Grogui por la vista, zarandeado y apaleado, tambaleándote entre lo ocurrido y lo que podía haber ocurrido. ¿Por qué no interviene el árbitro? Es una masacre. Cierra los ojos. Relájate: acabará enseguida.

El puente de Brooklyn



Entorna los ojos. Está allí arriba, es esa isla estriada, esas tallas en porciones y a la espera. Elige tus cortes preferidos y atibórrate. Siempre puedes reconocer a los hambrientos por cómo se mueven. Un buen ejemplo: esa que se acerca al puente. Sus pasos la delatan: tiene apetito. Su historia al completo marcha detrás de ella con su código postal poco elegante y sus especies inmigrantes. Los nombres de sus calles conmemoran a los héroes menos famosos de la ciudad. Alcaldes y trabajadores en la sombra. Ninguna de las sílabas que construyeron esta ciudad, solo ver sus nombres en el correo la deja famélica. A veces el viento cambia y arrastra aromas del otro lado del río. Tienes hambre, admítelo. Ase tenedor y cuchillo y sírvete tu porción.

Hay multitud de puentes pero este es su favorito. Varias anclas mantienen la isla en su sitio para que no se aleje a la deriva. Tú también intentarías huir si todo el mundo depositara sus sueños en ti. Mula de carga y palimpsesto. El puente arranca poco a poco. A la entrada los religiosos pregonan sus pasteles de judías y sus lecturas también religiosas a los coches parados en el semáforo. Los coches esperan para entrar en el distrito, ella sube al puente para salir de él. Al principio es llano, la arrulla. Un puente tarda un tiempo en llegar al grano de lo que quiere decir y durante un rato la seduce con su charla melosa, pero entonces la mujer mira a un lado. Apenas ha notado la suave pendiente, pero entonces mira a un lado y tiene los edificios al nivel de la cintura. Y sin darse cuenta está en el aire. Admira al puente por su retórica ejemplar, necesaria para este salto de fe bastante espectacular.

Entrada gratuita. El único peaje consiste en lo que debes quitarte de encima. Depósitalo en receptáculos convenientemente ubicados. Respeta el sistema aceptado. Los refugiados pasan por su lado en sentido contrario y la mujer se pregunta qué saben que ella ignora. El paseo de cemento se convierte en listones de madera menos seguros. Es como retroceder en el tiempo. Probablemente más adelante se convertirá en un puente colgante de sogas, si no, no se explica que se balancee así. Banderas estadounidenses sirven de espantapájaros en lo alto de los arcos. Qué no daríamos por una ondulación enérgica de vez en cuando, nos conmovería el alma. En este instante no corre ni un poco de brisa. De pronto está sobre el agua. Después de la tierra, después de los muelles industriales, asómate entre los listones para ver el río. Si calculas bien, puedes acertar a un turista de alguna barca con un escupitajo.

Detengámonos un segundo para dejarnos intimidar por el magnífico perfil de la ciudad. Hay tantos edificios arrogantes que es como entrar en un festival de gilipollas. Quizá reconozcas esa silueta de los pósters o la televisión. Parece un decorado cinematográfico, una falsa careta de industria. Detrás de esas fachadas relucientes hay contrachapado y latas pintadas. A su lado, todos nosotros somos extras. Los paseantes desgastan aún más el calzado. Los corredores adelantan a los paseantes, no ven más que su horizonte interior, indiferentes a las maravillas que los rodean. Los ciclistas los adelantan a todos, haciendo girar los rayos, son otra especie. Él compone la letra de su canción, tarareando y chasqueando los dedos. La gente que silba en público recibe miradas reprobatorias. Los padres parapetan a sus hijos con sus cuerpos para protegerlos de los locos que pasan por su lado. Bajo los auriculares, su música favorita ironiza sobre el espectáculo que la rodea. En especial el estribillo denuncia el panorama con un entusiasmo estúpido. Aquí arriba reina una atmósfera diferente, que favorece líneas de evolución alternativas. Los pájaros, equipados con alas, hacen lo que les place.

Un hombre sigue desde un apartamento el perezoso avanzar de la mujer por el puente durante media hora. Cada vez que ella se detiene, él intenta adivinar qué está mirando, en qué está pensando. Para estar con ella, para acompañarla a través de esa cosa. Sostén involuntario de la manía de un hombre. Una mota entre un sinfín de motas. En los cruces, cabinas de emergencia ofrecen una ayuda que de ningún modo podría llegar a tiempo. Una avería en mitad del desierto. Territorio proscrito, tierra de nadie. Se recomienda este paseo en caso de necesitar una puesta a punto. Te revienta aquí una junta y tienes que apañártelas solo. Las cabinas de emergencia de la policía están rotas, no avisan a nadie. Levanta el auricular para contactar con una comisaría que ardió hace años. ¿Cuál es la naturaleza de la emergencia? Los encogimientos de hombros no se transmiten bien mediante fibra óptica. Y no hay nadie para impedirte trazar una trayectoria hasta el borde y saltar al vacío y caer en el agua. Nadie podría detenerte. El tráfico se ralentiza para fisgonear, los otros paseantes animan o disuaden, pero no hay manos que lo impidan. Todo te será revelado en esos últimos segundos antes del golpe, pero para entonces no tendrás oportunidad de actuar de acuerdo con tales revelaciones ni de disculparte. Sigue avanzando. Por favor, sigue adelante. Realizar este viaje es exponer los argumentos a favor de la vida o de la falta de convicción. Aquí arriba todo se ve confuso.

Necesitas un hechizo para saber ver las cosas. Las comisiones municipales deciden dónde colocar los bancos según cálculos ancestrales. Pero siempre han tratado de reglamentarte las vistas. Mientras los visitantes permanecen allí sentados, atisbando sin ganas, ninguno de ellos sospecha que él le toca el culo por debajo de los vaqueros. Programa patrocinado por el Departamento de Obras Públicas. Hito de la ingeniería civil. Disponible en metal hueco en puestos de baratijas varias. Varias placas de bronce repartidas por ahí rememoran la historia. Pero nada conmemora los lugares mágicos de la gente. Hace un par de años él se detuvo justo aquí, amenazó al horizonte indiferente con el puño en alto y declaró: No podrás conmigo.

Ahora tiene dos hijos y un pequeño despacho. El día siguiente a su primera noche juntos cruzaron el puente a pie, pidiéndole su bendición. De momento, va bien. Una vez te pilló la lluvia y te acurrucaste bajo un arco en busca de refugio. No había escapatoria, como de costumbre, fuiste presa de los elementos. Una jugarreta del viento te dejó un hueco seco hasta que resultara seguro moverse, pero antes de que llegara ese momento toda la fuerza de la tormenta se concentró en ti y recurriste a promesas desesperadas. Exagera experiencias hasta dimensiones metafóricas. Relata un cuento de significación personal, recibe asentimientos asépticos pese a la adjetivación enfática. Años atrás ella eligió una ventana y se prometió que un día viviría detrás de ese cristal y contemplaría a los demás pasear por el puente como paseaba ella en ese instante. Inquilinos y cortinas que van cambiándose. Las cortinas de los últimos ocupantes permanecen cerradas ante ella y los de su clase. Está más cerca de la ciudad, sin duda, pero ¿cuánto más cerca de lo que quiere?

Capas de pintura descascarillada señalan proyectos de embellecimiento. Ojalá comprendieran que toda esa pintura no es más que carga añadida, que, bajo nuestras buenas intenciones, el puente se queja. La próxima mano acabará con todo. El puente resuella, exhausto. Vibra. Vibra. Cada vehículo de la autopista envía sus vibraciones a través del puente hasta el alma de ella. Si se sacude, se cae. Autopistas gemelas encorchetan el paseo para peatones, lo aprietan. Si por ellas fuera no habría ni una sola persona, solo camiones de gran tonelaje en ambos sentidos, no estos vehículos carnosos con sus andares desventurados. Cada día llega un momento en que el número de coches de camino a la isla iguala al número de coches que sale de la isla. No salta ninguna alarma, no parpadea ninguna luz, pero el puente espera con ilusión ese momento durante todo el día y suspira cuando llega. Ella cruza. Una balanza en su interior busca el equilibrio mientras atraviesa esa otra balanza de mayor tamaño. Demasiado de una cosa, un estado de ánimo o una idea, la inclinará. Sus enemigos esperan con ilusión ese momento durante todo el día y aplauden cuando llega.

En el medio. Solo se puede ir adelante. Atrapada en el acto de cambiarte la máscara, en ese acto de transformación. No mires atrás, te impresionaría lo poco que has avanzado. Una vez un hombre montó aquí una tienda de campaña y lo echaron. Le dijo al agente: Abjuro de todos los distritos. Tiene usted derecho a permanecer. Tiene derecho a gritarles a los dioses. Si no tiene filosofía, se le asignará una de oficio. Busca en los ojos de la gente un destello en el que reconocerte. No encuentras conversos pese a todo tu proselitismo. Hablar por móvil frustra el propósito del paseo a menos que describas hasta el último detalle a los que yacen postrados en la cama. Murmura algo mágico, ¿quieres? El puente tiene cierta longitud de onda. Los cables se hunden y se elevan, el destino humano escrito en bobinas macizas. La gente pasea entre estos colmillos, escalando un elefante. Son pulgas normales y corrientes. Turistas con cámaras hablan en los idiomas nativos de los hombres que construyeron esta cosa. Los huesos de sus ancestros yacen en el fondo entre puertas de nevera y matrículas. No pueden saludar pero las corrientes agitan sus huesos y quizá sea un gesto hacia los suyos. No se ve nada con esta oscuridad.

Más adelante, la longitud real de la isla se hace visible. El quid de la cuestión no son las monstruosidades que visten las ventanas al pie de la isla, sino la longitud monstruosa de la isla a sus espaldas. Una longitud que te dice: Nunca has considerado detenidamente toda la isla en su conjunto. Pero a ella nunca se le ha dado bien captar indirectas. Es una cabeza dura, como las calles y los puentes. Nada de todo esto significa algo para él. El lugar que pisa, lo que ve al otro lado del río, no es más que la arrogancia de los hombres. No tiene éxito en las fiestas. Mira hacia el oeste para recordar los océanos, busca una prueba de que no siempre has estado en tierra. El resto del mundo reside en tu visión periférica. Una vista nueva los empuja a la introspección. Aquí arriba la introspección cuesta poco, atraída por la vista y la perspectiva, esas flores baratas. Decide evitar malos comportamientos. Decide las mejores opciones. Líbrate de él. Compra una

mascota. Pequeñas elecciones magnificadas hasta ser decisiones a vida o muerte. Desde aquí veo mi casa.

Plagado de fotógrafos. Es un misterio por qué eligen unas ubicaciones en particular. Se limitan a mirar, detenerse y afirmar: Quiero esto para siempre. Se está juntando una especie de cúmulo en lo alto que arruina la luz. Acuñar postales al minuto. Colocarse y posar. Apretar y estremecerse. Preservar algo más que meras puestas de sol. De ahora en adelante, siempre que mire las fotografías, este lugar le recordará sus últimas vacaciones juntos. Los nietos miran las fotografías más adelante y son incapaces de casar las imágenes con los ancianos babeantes que conocen y temen. Envía las fotografías que saques hoy a un amigo para mantener la ilusión de que todavía mantenéis la amistad. El fondo lo dice todo: contra ese horizonte, somos tan breves como el flash de una cámara. Unos segundos de ceguera. Pero después vuelve. Esa mandíbula a los pies de la isla y sus dientes hambrientos.

Esta cosa se extiende sobre el agua. Ella se extiende sobre los días. Ambos luchan contra la gravedad. Este pequeño remache de aquí hace lo que puede pero es solo cuestión de tiempo. Como tú, empeñando una fuerza de voluntad milagrosa para no salir volando. No te canses. No flaquees. Escúchame bien porque solo lo diré una vez: Necesitamos todos nuestros monumentos, con independencia de su tamaño, sean piedra labrada o arcilla mortal. No dudes de que eres fuente de inspiración a cada respiración, que cada respiración tuya es una maravilla de la ingeniería. Te mereces todo. Si no fuera por la escasez de placas, ella llevaría una remachada al estómago que informara de todos los detalles pertinentes. Con un hueco reservado para el día que se termine. Aquí arriba pasan brisas frescas y gaviotas, criaturas escuetas. Ella y el puente cargan con tantas cosas, poseen tal peso que nunca se los llevará el viento.

¿Qué esperas conseguir con esta pequeña aventura? No ha cambiado nada. Nada cambia nunca. Presentimiento del fracaso. Cuanto más te acercas a la otra orilla, más despacio caminas. En la otra orilla, se acabaron los sueños. Solo hay tierra firme. Así que posponlo tanto como puedas. Aquí hay otra señal, no es un augurio, sino metal atornillado, pero señal al fin y al cabo: El alcalde le da la bienvenida al distrito de Manhattan. Pegan el nombre del nuevo alcalde encima del anterior para ahorrar dinero de nuestros impuestos. Un continuo de saludos que pasa de administración en administración, eterno, seguro. Porque no importa la tendencia política, todos comprenden el romanticismo de los puentes y han dado este mismo paseo más de una vez. Un vacío sin partidismos. Son solo metros que andar. Ella recuerda la decepción que siente siempre al llegar a la orilla opuesta, luego siente esa decepción. Comprueba si has sufrido algún daño. Todo está en su sitio. No ha ocurrido el milagro. La llave de la ciudad se le cayó del bolsillo en algún momento del camino y vuelve a estar a ras del suelo. Otra vez despojada. En este laberinto existen múltiples opciones. Hoy ella elige una nueva ruta de entrada, aprende de los errores. A saber dónde acabará esta vez. Desaparece entre la muchedumbre. Está en los fueros de la ciudad: tenemos derecho a desaparecer. La ciudad se apresura en borrar cualquier rastro. Es la ley.

La hora punta

Un día larguísimo y luego llega la hora de fichar y todos salen a la calle. Ya ha oscurecido. Los días se van acortando. Esta época del año te deprime aún más de lo habitual. Los dibujos colgados con chinchetas añaden un toquecito hogareño. Deciden lo que tendrá que esperar hasta mañana, apagan las lámparas de los escritorios, asoman por encima de las particiones de los cubículos. Hoy en día el desengaño es modular e intercambiable y se parte sin problemas. Encaje dos palabras según los diagramas: Hasta Mañana. La gente se apiña en los ascensores y descienden hacia lo intermedio, hacia un espacio entre el trabajo y el hogar que es una especie de ensueño: es adonde van para entender el sentido de lo que acaba de pasar para poder así avanzar un poco más.

Escapa del centro de la ciudad. Corre y salta el muro o abre un túnel por debajo. Formas geométricas elementales hacen estragos por doquier. Los arquitectos trasladan su psique al acero y el hormigón. El nacimiento del primogénito, la despedida del amante, los cheques de la pensión alimenticia: todo está allí, codificado en columnas, rasgos de fachadas, ventanas que no abren. Pasea a la sombra del subconsciente, trabaja arduamente en los monumentos por un duro declive. El horizonte urbano traza la gráfica del orgullo desmedido de generaciones sucesivas, visible a kilómetros de distancia, e indefectiblemente todo el que lo ve deduce la moraleja equivocada de la historia. Los edificios corrientes terminan demasiado pronto. Reconoce a la realeza por la altura, a simple vista, y memoriza sus coronas. Algunos de estos edificios llegaron remolcados, transportados desde las islas del Pacífico Sur donde los labraron en negras rocas volcánicas. Esos oscuros glaciares. Demasiado bajo las superficies. En edificios compuestos de las trece plantas descartadas de otros edificios,

se despliegan siniestras transacciones. Despacho Disponible. Pocos edificios por aquí merecen ser persona, pero a juzgar por la gris procesión de caras, algunos de estos tipos no distan mucho del pladur. Huesos de acero, mortero en las venas. Granito sin fin.

Los ornitólogos reconocen a estos pavos reales corporativos por su plumaje de raya diplomática. La de cosas que les pasan por la cabeza a esta especie de pájaros. Ese par de ahí van al mismo sastre y cuando se encuentran sienten un gran alivio. Retazos cosidos y unidos por finos hilos. Confía en el camuflaje para seguir a salvo. Está tan lleno de envidia de traje y maletín que solo un lustre en los zapatos realmente bueno podría recomponerlo. Aquí llega míster Traje a Medida: todo lo que ha terminado por temer se esconde en sus puntadas milagrosas. Cuando le descubran, no se excusará por vestir ropa interior femenina. Sencillamente, es más cómoda. El sonido de sus tacones desconchando suelos de oficina hace temblar a los simples mortales, pero estas zapatillas deportivas le acarician los pies en el trayecto del trabajo a casa. Otro día menos para el Viernes Sin Uniforme, ¡yupi! Con volantes, con sombreros de ala, como si vestirse con el lenguaje del vuelo pudiera liberarlos del suelo y convertirlos en algo mejor. El túnel de viento a la vuelta del edificio por fin le avisa de que lleva la bragueta abierta desde hace horas. Esta noche hace un poco de fresco.

Ocupan los días con rituales de lo más curiosos. Peones y torres se mueven según sus reglas. Comer o dejarse comer. Matar o dejarse matar. El próximo que la pise se va a ganar un puñetazo en toda la boca. *Summa cum laude* por el Instituto de Apretones de Mano Firmes. Turbina, este es Chasis. Martillo, este es Yunque. A continuación, se intercambian tarjetas. ¿Tienes tarjeta? Yo tengo una. Toma la mía. ¿Te gusta mi tarjeta? Las tarjetas se frotan unas con otras en las carteras y engendran tarjetitas. El origen secreto de la borra de los bolsillos. Él se pincha con la aguja que olvidó quitar de la camisa nueva. Un minúsculo arsenal de karma. A ella la han invitado a ir a tomar unas copas pero lo ha dejado para otra ocasión porque el día ha sido largo y

algunas de esas personas han subido puestos en la lista de enemigos. Anótalos para vengarte, ¿cómo te va el lunes a las dos y media? Sucio y abarrotado. Maquinar, apresurarse, asociarse. Muévete, muévete, muévete. El viejo tropieza y se cae y lo pisotean, y le ayudarían a levantarse pero van tarde, tarde, tarde.

Si vivieras aquí ya habrías llegado a casa. Te queda tiempo de sobra para repasar las últimas horas y obsesionarte por lo que no salió según lo planeado. Los espasmos retuercen, los espasmos desgarran y advierten, los espasmos pasan en unos minutos o la historia no nos ha enseñado nada sobre las úlceras. Cuando se acerca a comprar un antiácido al quiosco se le cae por accidente el cambio entre las chucherías. Después de pasarse el día escondido detrás de secretarias y contestadores, estas pequeñas interacciones le provocan una gran ansiedad. Ella apunta el porte con que cruza el paso de peatones en la lista de cumplidos diarios a sus armas de mujer. Unos laureles de lo más cómodos, quizá podría dormirse en ellos un poquito. La voz ha corrido tan rápido, que en el almuerzo de hoy le han sentado a la mesa de los civiles. El juego de la oca. ¿Por qué no retiramos su mesa de trabajo, ponemos una cinta de andar, colgamos una zanahoria del techo y dejamos de fingir de una vez? Tan cansado… Llevarte todo el reconocimiento por el trabajo de los otros durante todo el día te exige muchísimo. Inútil para todo menos para temer el éxito. Otra vez le han pasado por encima. Archivero de desaires. La buena fortuna de todos los demás es alimento que te quitan de la boca o un abrazo que nunca recibiste de alguien que debería haberte querido más. A media comida cae en la cuenta de que los techos de cristal permiten levantar la vista hacia el infierno de otra persona. Los tipos de la sala de correo van a por él, lo sabe. Quiero su dimisión en mi mesa mañana por la mañana.

La gente que ha trabajado hasta un poco más tarde ocupa las aceras, la competición por los asientos del transporte público es inminente. Deséale buenas noches al guardia de seguridad. Idas y venidas de encargados de

llaves electrónicas que identifican a los empleados no mediante números deshumanizadores, sino por motes crueles. Hola, Cara de Cubo. Sin duda, los clientes echarán un vistazo a nuestro vestíbulo y apreciarán que no ganduleemos. ¿Verdad? ¿Verdad? Parece mármol pero en realidad no lo es. Los atrios y la marea humana erosionan estos acantilados imponentes. Los planes de las promotoras inmobiliarias fracasan, el rechazo planeado a las leyes de zonificación cara a cara con el obligado espacio público. ¿En serio que los fondos públicos han financiado la ejecución e instalación de esa odiosa obra de arte? Formas vagamente humanas de metal retorcido. Bajo esta luz otoñal cuesta distinguir abstracciones. Desde luego las poses lánguidas de los hierros parecen sugerir una exposición al soplete, a temperaturas atroces, un variado crisol. Los elementos los han despojado del recubrimiento a prueba de agua y ahora están indefensos. Nosotros nos las arreglamos igual. Oxidaos despacio, amigos, y dejad trocitos de vosotros dondequiera que vayáis.

Por improbable que sea, al día todavía le quedan unas cuantas vejaciones. El día diluye la vejación con frustración para que dure más. Soy la abominación, me llamo Metro. Él no logra entrar. Los demás inundan los torniquetes, golpeando las barras con las caderas, y no van a dejarle pasar. Tiene que volver a casa, pero solo consigue medio entrar antes de que otro cargue contra él. Es un pez fuera del agua. Todos los de todas las plantas se embuten en este vagón de metro: los fabricantes de memorandos, los repartidores de memorandos, los clasificadores de memorandos y los destrozadores de memorandos, los que siempre están en su mesa y los que nunca lo están. Caben todos. Peleándose como palomas por mendrugos duros de asiento. Todos creen merecerlo más, todos creen que su día ha sido más duro que el de los demás, y todos tienen razón.

Dentro de la catedral. Pues claro que a los holandeses les pasmó encontrarse la estación de Grand Central debajo de esa enorme pila de basura. Ay, los indios y su estricta política de no aceptar devoluciones sin el recibo de

compra. Y hete aquí que la tierra se enfrió, Grand Central emergió entre kilómetros de magma, se alojó en la corteza de esta isla y aquí se instaló. El primer inmigrante. Todavía por asimilar. Siempre indigesto. El río de rascacielos fluye a su alrededor. Los viajeros nadan hasta Grand Central y se aferran a ella, saboreando ese asidero firme en medio del rugir de las aguas rápidas. Iglesias de relleno a intervalos regulares, según el programa establecido en el plan de negocio. Como las mejores tormentas, la hora punta empieza con una ligera llovizna, luego deviene diluvio infernal.

La noche urbana se traga las estrellas. Tendrá que bastar con las constelaciones pintadas en la bóveda del Vestíbulo Principal. Universo sustituto. Las Osas, Cáncer y Cinturón de allí arriba no se mueven, paralizados por la vergüenza que les provocan las estrellas que atraviesan el suelo de la terminal en su trayectoria a casa. Se acumulan. La voz de los altavoces es determinante para mandar disparados como cohetes la gran variedad de colores hacia el interior de los bolsillos laterales: Vía 17, Vía 18, Vía 19. Siempre hay algunos que esperan sin habla, estupefactos ante el espectáculo y la velocidad. Se conformarían con llegar a la cabina de información. Gruñe y gatea con los codos por el suelo. En las pantallas de salidas los trenes que van a partir se pelean por un ascenso. Él se anima cuando oye el nombre de su ciudad por los altavoces. Ahorra para una casa dos paradas antes. Dirígete a la salida de los trenes. Vive cada minuto como si llegaras tarde al último tren. Lemas a la venta, traigan aquí sus lemas. Se reúnen aquí todos los días a la misma hora para cogerse de la mano y susurrar. En contra de toda probabilidad, de vez en cuando todo el mundo consulta algún tipo de reloj a la vez. ¿Has recordado reservar la energía necesaria para una última carrera? ¿Qué es ese ruido espantoso, como si a la puerta del infierno le costara abrirse y cerrarse? Alguien detrás de ti lleva pantalones de pana. El destino se presenta bajo formas muy diferentes.

Billetes, todo el mundo. Oiga, revisor, ¿podría rezar una oración, algo orientado a los peregrinos? Se acomodan en los bancos. Como manda la

suerte, la clase de persona que dice «Es bueno conocerle» se sienta al lado de la clase de persona que dice «Ya organizaré un encuentro». ¿Qué guardarán en esas carteras y bolsos que con tanto afán vigilan? Muñecos para hacer vudú se repantigan sobre los informes de ganancias de la semana pasada. Teme el trayecto de vuelta a casa porque este podría ser el día en que tus hijos descubran el verdadero rostro del mundo y ¿cómo ibas a explicárselo? ¿Qué importan unas rodillas peladas en comparación con lo que les espera? Lo que se encontrarán tras muchas puertas: matrimonios, amantes, hipotecas de todo tipo. El trayecto dura el tiempo justo para meterse en el personaje y recordar las frases. Qué momento más extraño esta tarde, cuando se le olvidó el nombre de su hija. Has pagado para sentarte, así que reza. Como si estas humillaciones y sacrificios diarios significaran algo, como si los que llevan la contabilidad los anotaran. Mañana lo retomaremos donde lo dejamos. Que duermas bien. Felices sueños. Duerme el sueño de los triunfadores porque te las has apañado para pasar un día más sin que nadie descubriera que eres un completo fraude.

Downtown

Saltar a la comba, pegar puñetazos al aire y sobre todo boxear con un adversario imaginario. Los púgiles calientan para el gran combate. Tal es el peligro. El espejo del rincón aconseja: Mantén los puños en alto y la cabeza gacha. Entonces suena la campana y hay que salir de los pisos, abandonar la imagen del puesto de trabajo, y entrar en las calles vestidos para la noche. El crepúsculo es una fábrica de máscaras.

Cae la *happy hour*, esa niebla baja. Es la noche de las chicas o de los chupitos a precio especial o del dos por uno. El camarero supervisa la distribución del alijo de bebidas rebajadas con agua al tiempo que caza trozos de conversación al aire. Otra gente le vacía el gota a gota. Los bebedores solitarios comparten cuentos con moraleja a través de sus posturas. Él colecciona posavasos de todo el mundo. De este, tiene a punta pala. Esta es la cerveza ideal cuando piensas tomarte más de una. Sentarse en la barra a esperar que se acerquen a ligar contigo como en las películas. O solo que te salven. La vista se pasea de taburete en taburete, como dedos que recorren filas de libros. Rebusca en este estante de la biblioteca, entretente en los lomos incluso mientras también rebuscan en ti, te examinan, te analizan. Desde luego todavía quedan algunos volúmenes por leer. Sácate la siguiente personalidad del bolsillo de atrás. Tal vez esta funcione. Él oye sus mismas palabras en labios de otra persona y desearía que sus quejas no fueran tan comunes. Paséate arriba y abajo. La cosa acaba de empezar.

Bajan atolondradamente las escaleras del museo después de asimilar la exposición estrella de la temporada. Ella se siente mucho más cómoda

repitiendo como un papagayo a los críticos si lleva una entrada auténtica en el bolsillo. Cuando entraron en el cine de arte y ensayo, la película estaba empezada. Pensar en pagar el recargo de las sesiones diurnas. ¿Qué te apetece hacer? No sé. Los demás saben dónde están los nuevos restaurantes de moda. Ellos ya no salen tanto como antes. Los persiguen los ojillos redondos y brillantes de la canguro. Dependiendo de lo que esté ocurriendo en el resto del mundo, durante minutos enteros él es el peor camarero del mundo. Los protocolos para comportarse ante las quejas están pegados en la puerta de la cocina. Puede que con saliva. Durante los aperitivos están que arden, pero se lo guardan para casa y así no se pelean en el restaurante. Es agradable compartir una actividad o afición con tu cónyuge. Estos dos se han decidido por el resentimiento y eso los ha unido más. Por improbable que parezca, por una vez son la pareja equilibrada en la mesa para cuatro. Ella pone los ojos en blanco cuando él pide algo que no está en la carta. Eso tiene buena pinta. Comen aquí una vez al mes pero esta comida de hoy les ayuda a ver que hace ya tiempo que las cosas no van bien y nunca volverán a ir bien. Cuenta atrás para los síntomas de una intoxicación alimentaria. ¿Tomarán postres? Tenemos un amplio surtido de licores amargos.

Tiene que ser aquí. No lo es. Esta dirección en particular no existe. En otra ciudad tal vez, pero no en esta, o quizá en el futuro, pero no ahora. Entonces unos desertores abren la puerta y comienza la acción. Él jura que ya ha estado aquí antes. No conoce a nadie. Perdido en el cóctel. ¿Con quién hablar? Con nadie. Escurre otra vez el hielo derretido. Ve al bar, visita el lavabo: para cuando regreses la fiesta se habrá alineado a tu favor. No cae esa breva. Sembrar este rumor cuesta más de lo que parecía. Los jardineros aconsejan paciencia, las cosas echan raíz o no. Dada la opción de elegir entre dos fiestas ese tipo de allí siempre errará la elección. Un ejemplo que viene al caso. No hay que husmear cierto tipo de entrantes. Ella lleva media hora tratando de ganar conversos a las rencillas sin éxito. ¿Qué ve en él? Si el hombre es de lo más transparente. Tan viejo que podría ser su hija. Durante medio minuto habitan la ciudad soñada que tanto los atraía en sus ciudades natales pero luego descubren que no tienen nada firme bajo los

pies y caen. La mayor frecuencia de arenas movedizas se da en las películas, luego en las fiestas. Recuerda lo que te digo: cuando al final enseñen a los libros ilustrados a hablar y andar, el mercado abandonará el negocio de la esposa trofeo y juguete para niños.

Los modernos buscan refugio en la iglesia, Nuestra Señora de la Perpetua Subcultura. Se produce cierto debate acerca de si todavía están en la onda pero lo recóndito de la ubicación y la llegada de sus similares los tranquiliza. Guarda la dirección en secreto, que la chusma la encuentre sola. Vaya, esta mierda de performance artística está consiguiendo que me sienta fatal por diversas cuestiones emocionales mías. Él tiene que escabullirse temprano para volver a su mal arte. Tres hurras por tu rica vida interior, que te sea de gran ayuda el día que toque pagar el alquiler. Mezclar cerveza con licores es lo peor. A esta invito yo. No sabe cómo, pero acaba pagando todas las rondas. Los clientes van cambiando hora tras hora, cultivan encendidas discusiones. Lo que hablan: su novio está fuera de la ciudad, su compañero de habitación de la universidad está en la ciudad, el grupo de un amigo toca en el centro. Él ha hecho demasiados planes con demasiadas personas y las cosas no saldrán bien. Ella está un poco preocupada porque a medianoche entra en funcionamiento la nueva legislación y las draconianas leyes Guárdate el Drama para la Mama van a cortarle las alas. Ataca, estás en la ciudad. La ciudad contraataca.

Las reseñas de los diarios dan direcciones equivocadas del nuevo lugar de moda. De pronto están en calles vacías de vecindarios que no conocen y deben adentrarse aún más en la oscuridad antes de ponerse a salvo. Rincones y callejones sacados de leyendas urbanas, entradas tapiadas, periódicos que actúan como dobles de plantas rodadoras. Farolas aterradoras. Pasos de matones errantes. Preguntan: ¿Me oyes? Preguntan: ¿Eres tú junto a mí o me ha llegado la hora? Entonces la música penetra en los tejidos profundos, ven las luces y el gentío, pero han pasado verdadero miedo y qué ocurriría si corriera la voz de que, después de tantos años,

todavía se asustan. Una cosa es segura, esta: la noche mantendrá la boca cerrada. Las puertas de los clubes nocturnos están cerradas. Este es el modelo de gorila por horas más popular. Nunca parpadean. Nuevos y sádicos avances les permiten valorar el alma de los aspirantes a entrar en las discotecas. Según cómo se mire, parece que la cuerda de terciopelo sonría. Una delegación de cadáveres pasa tambaleándose sobre tacones de precaria estructura. Ella leyó en un artículo que esta temporada se lleva el formaldehído. Economía básica: si solo admiten a la gente guapa, ¿quién pagará la consumición mínima?

Y decían que su camisa era chillona. Deseos escenificados. Uno a uno, el grupo marcha a la aventura. Cuando se despierten por la tarde del día siguiente compararán experiencias. Fallos de diseño de los ricos y famosos. Llama con educación a la puerta del lavabo. Allí dentro no se trama nada bueno. Resulta de lo más sospechoso. Cuidado: es la competición nocturna de los ayudantes anoréxicos. Se cuelan con facilidad. Todo el mundo tiene tan buen aspecto, todo el mundo es tan estupendo, que solo quiero añadir una cosa: Adelante, tropas, sigan trabajando así de bien. El DJ ha estudiado la evolución y sabe cómo colarse por la puerta trasera del tronco cerebral de los reptiles. El ritmo llama al amotinamiento, recluta extremidades y caderas, desnuda esta fachada de voluntad propia. Por lo visto esta canción es muy popular. Bailes lascivos provocan reacciones. Después de tantos años, siguen sin sacarla a bailar. No tiene ni idea de lo que es ser capaz de acercarse a alguien bailando sin más. Los brazos enjarras destierran las bebidas al suelo. Codos, tacones, manos y cabezas. Cuidado con el niño-hombre patoso a las diez en punto: los de su tipo tienden a agitar las manos al bailar. Ella se mira las caderas. No están nada mal.

Hay luna llena. Los efectos lunares son fácilmente apreciables en las salas de urgencias y los vestíbulos de los cajeros automáticos. La gente necesita más dinero. ¡Si pudieran retirar sentido común! Los amigos incitan a los amigos a comportamientos desacertados. Hablar con aquella mujer, levantar

los puños, robar objetos del mobiliario. Ella le sigue desde hace veinte manzanas y él todavía no se ha dado cuenta. A estas horas las calles son una astracanada. Corean: Pelea de chicas, pelea de chicas. ¿Por qué el zumbado de turno le elige a él, tan obvio es? Reconócelos del instituto y huye. Pasa frente al garito de jazz húmedo de tantos solos, pasa frente al bar local con cantautora que se lo toma todo muy en serio. Con este concierto ganará suficiente dinero para comprar un diccionario de rimas nuevo, de lo mejorcito, el que tiene la palabra que rima con *orange*. Encontrarse con el dependiente de la tienda fuera del trabajo y en un contexto nuevo. Los mundos colisionan. Hay un poli. En su momento le pareció buena idea. Ahora va a tener que explicar cómo se hizo la cicatriz una media de tres veces y media por semana durante el resto de su vida. Si se reunieran todas las víctimas podrían rastrear el origen de sus desgracias hasta esta cabina maldita. Es la única que funciona en varios kilómetros y todo lo que la gente dice por ella acaba mal. Telegrama urgente del Ministerio de Pensamientos Desafortunados: Pensando Stop No Sacarás Nada Bueno Stop. Como la luna, solo estás digno y visible unos días al mes. Ejerces influencia, atraes las cabrillas. El resto del tiempo es puro declive, desmembramiento y nadie tiene idea de dónde paras. Hace mucho frío. Solo unas manzanas más, amor.

Mantén la ilusión de que esta noche será distinta, arranca los generadores de emergencia si hace falta. Hay asientos de sobra en los cafés predecibles, sin esperas, ¿qué tomarás? El menú no cambia nunca. La situación de tensión sexual con esa amistad no avanza demasiado. La Noche solo para chicos choca con la Noche solo para chicas y genera cierta confusión sobre quién cede el paso. Quizá le conoces de seducciones fallidas tipo Escaleras de Entrada a Casa o Pasillo a Oscuras en Fiesta Navideña. Ella se ha convencido de que no tiene ningún plan secreto para este encontronazo. Esperar a que se inicie la conversación para revelar el verdadero propósito de esta cita. En lo que a amores se refiere, no olvida ninguna de las lecciones aprendidas. No, ella nunca le ha sido infiel pero, dicho así, casi parece un desafío. Le sobran dos copas para ser capaz de enfrentarse a

encuentros casuales con relaciones, parientes o compañeros de trabajo vagamente conocidos. Informarán del encuentro. Uno a uno vamos volviéndonos irreconocibles.

Pero espera, aún hay más. Bajo la carpa del circo. En minúsculas salas de charlas educadas, en tabernas atiborradas, en clubes tenebrosos, los ciudadanos hacen cola para las mismas diversiones, juegos gastados y viajes frustrados. Me gusta tu fez. Todavía queda tiempo de sobra para hacer la pelota, airear resentimientos, sacar a la luz defectos de personalidad. La persona más importante de la sala genera un campo gravitacional que atrae las servilletas de cóctel. Apunta al bajo vientre, es su punto vulnerable. Cualquiera tiene un dineral. Por lo visto ella no ha sabido espabilarse en el trabajo, porque todo el mundo actúa como si la tuvieran calada. La gente se las arregla con su utilería favorita, chistes viejos, algún escote, la anécdota número 7. Comprobado: la anécdota 7 es el doble de eficaz que la anécdota 6 y la mitad de larga. Le aplauden la gracia. A menos de un tercio del final ya está claro que la broma va a ser un fracaso. De las reacciones se deduce que esa palabra ya no se usa en compañía de personas educadas. ¿Sabías que sonreír educadamente quema las mismas calorías que hablar con franqueza? Él le confiesa su amor en un momento en que se quedan solos. Cuando ella va a responderle, todo el mundo regresa. Antes estaban casados y ahora se reparten el espacio como una vez se repartieron los amigos. Ni se te ocurra traspasar esta línea. Algunos se frotan la alianza de casados cuando ven a semejante criatura. Él estudia la postura de ella al hablar con aquel apuesto desconocido. Algo va a hacer saltar las alarmas. Humo, sin duda. Diez pavos a que se van juntos. De pronto caes en la cuenta de que estás hablando demasiado cerca. Todos los demás parecen haberse marchado y ¿qué significa eso? Alguien te ha robado el abrigo.

Más pesadillesco, por favor. Si insistes. Esta es exactamente la clase de comportamiento contra la que le previno su terapeuta. Él se viste como sus amigos para que no sospechen que no es como ellos. Para adelantarse al

rechazo, ella se viste para exagerar su diferencia cuando el verdadero enemigo no es el desprecio del mundo, sino su indiferencia. Expláyate explicando tu última decisión profesional. ¿Cómo tiene el valor de dejarse ver por la ciudad después de los últimos reveses? La gente dedica un par de minutos a saborear los reveses ajenos antes de volver a concentrarse en sus propias incompetencias. Esta es la enésima cerveza pero debe de tener la solitaria o algún tipo de vacío interior porque no está ni un poco achispado. Lo que la gente interpreta en ella como cierto aire misterioso es solo un efecto secundario de la medicación. Ocurren cosas bajo mano. Las gárgolas han descendido de sus miradores en los tejados para reemplazar a sus amigos, pero él no está seguro de si debería hacer algo porque lo cierto es que resultan bastante divertidas y mucho más solidarias que sus amigos de verdad.

Impresiónalos con tu selección, gurú de la máquina de discos. Empuja los botones adecuados y ella se unirá a tu culto como si le hubieran lavado el cerebro. Pontifica, por así decirlo, puesto que estos panfletos contienen su filosofía. ¿Han sonado ya tus canciones? Por toda la ciudad, máquinas de discos pasivas-agresivas retrasan salidas. Cada selección de canción estira de ellos hacia un lado u otro, zarpan tristes a menos que burlen la resaca de acordes menores. Esta noche la canción que siempre has detestado te llega con gran intensidad desde la máquina de discos y escuchas la letra por primera vez, después de tantos años por fin comprendes. Tu nuevo yo con un alma más vieja. Ahora es tu favorita. Todo este tiempo has cantado mal la letra. Hay quien ya ha decidido el rumbo de la noche. Como nadie ha comentado nada respecto al anillo de pedida, él les vuelca las copas. Accidentalmente a propósito. Él se confiesa por completo, con el último sorbo ha sobrepasado su límite, pero ella tiene soledad a manos llenas y no piensa cargar también con la de él. Busca en tu interior el modo de amordazar esa parte destrozada de ti que está hablando.

Último aviso. Que significa buenas noches para cualquiera con un mínimo de sentido común. Cualquiera con un mínimo de sentido común está dando la noche por concluida. Seguir más allá trae consecuencias. Una más para el camino. El finge que necesita que lo convenzan. La juerga va a las mil maravillas, gracias por preguntar. Los adjetivos que describen los lavabos son tan escasos como una especie en peligro de extinción protegida por la legislación gubernamental, de modo que usa la imaginación. Adiós a la cita para desayunar. A cada hora que pasa anula otra cita más y ahora tiene todo el día libre. Se rumorea que abren fuera de horas. Algo en el modo en que dicen «Hasta luego» materializa el hecho de que su amistad cambió hace meses y que en realidad no se verán en mucho tiempo. Todo arreglado: se irán por separado y se reunirán dentro de diez minutos. Nadie se dará cuenta. Todo el mundo lo sabe. Intercambio de teléfonos. Lo que hablan: deberíamos salir alguna vez, deberíamos quedar, deberíamos hacer muchas cosas que nunca haremos. A las damas borrachas sus amigos de mente ágil las meten en taxis, fuera del alcance de los depredadores. Él no se espabilará. Esta es la última mano. Lo ha apostado todo. Pocos de ellos confiesan ser actores y sin embargo tienen un don natural para estas improvisaciones en la acera, para todo ese burdo teatro del ¿Hacia dónde vas?, ¿Quieres compartir taxi? No quieren irse a casa. Alguien les está esperando. O nadie.

Se dirigen a casa. Recordar demasiado tarde que él resulta insufrible en los trayectos largos en taxi. En Cartel: El Regreso del Nativo. Se adentra en sus avenidas habituales, borracho. Se abrocha el cinturón por seguridad. Viaja con él y antes o después le oirás decir: Antes vivía ahí. Y señala con el dedo como si quisiera hacerle un agujero a la noche. Antes vivía ahí. En Broadway y Fulton y Riverside y Houston, es un puñetero coñazo, incapaz de mantener la boca cerrada. Antes vivía ahí. En salas de cine atiborradas cuando resulta que la patrulla de reconocimiento sabe dónde comprar los mejores perritos calientes a cincuenta centavos. En largas caminatas,

rebuscando entre los libros de fotografía al azar, oyendo pasar los aviones por el cielo: Antes vivía ahí. Cuando menos se lo esperan, lo dice, porque si no ha vivido allí, algún día lo hará. Siempre hay otros pisos esperándole. Siempre queda más ciudad.

Retenido por los semáforos en lugares clave. En el escenario del accidente de ayer quedan trozos de metal y minúsculos cubitos de vidrio. Cada vez que cambia el semáforo, los neumáticos dispersan los restos a lo largo y ancho de la ciudad convertidos en una capa de pena invisible. Él vivía en esa esquina. ¿Quién vive ahora en esos pisos? ¿Quién tiene su número de teléfono de antes? Un cálculo rápido confirma que ahora no podría permitirse el piso en el que creció y es un exiliado en su propia ciudad. ¿Qué decir cuando pasas por delante de ese piso y todos los demás? ¿Cómo transmitir esa sensación a sus amigos o a quien pudiera importarle? La inmensidad de la deuda. La pobreza de los ciudadanos. ¿Qué decir cuando pasas por los lugares humildes que te comprendieron de mil maneras que no alcanzas a entender, que no te fallaron ciertas noches en que no tenías ni amigos ni taxista, solo las llaves? El semáforo cambia. Casi estás en casa. No demasiado pronto.

Después de tanta preocupación y tantos mares revueltos, la noche vuelve a puerto. Pese a todo, algunos han conseguido llegar a la orilla. Él conoce un sitio para desayunar. Mira la hora. Mírame a mí. Míralos a ellos cogidos de la mano. Se han pasado la noche charlando. Mientras todos los demás enloquecían ellos se han encontrado. No están hechos el uno para el otro pero tal vez estén hechos el uno del otro. La misma sustancia, igual que la ciudad es una sustancia, hasta el último centímetro, de cabo a rabo. Sólida. Inmutable. Irrompible. Todos fuera. Última parada. Mira al cielo. Hacia el este. Se ve la luz del sol con sus colores de fábrica, la luz del sol cargando contra cristales rotos, la luz del sol sobrepasando por fin los edificios, y estamos a salvo.

Times Square

Es una enfermedad, de veras, con síntomas reveladores. La gente dice: Ya no reconozco este sitio. Dice: Estoy mareado, aturdido. Pachucho. Constituyen respuestas epidémicas, nadie es inmune a este tipo de trastorno. Todos están de acuerdo y se lamentan, intentan dar con las palabras para explicárselo a cualquiera que quiera escucharlos: Ya no es como antes. Por supuesto que no. Ni siquiera es como hace cinco minutos.

Saluda a la dinamo. Barbilla arriba los cuarenta y cinco grados que dicta el saludo clásico. Si los edificios no se lo impidieran tal vez alzaría la mano para dar la bienvenida. En su defecto, se limita a brillar, más reluciente que el cielo y más fácil de alcanzar, un más allá de asfalto. ¿Eso de ahí arriba es un ángel o solo una lata de refresco de quince metros? El persistente problema de escala. Una manzana es un continente, un bonito pedazo de planeta. Los acontecimientos se suceden en otras partes del globo y marchan en fila india hacia la inspección triunfal. El río del mundo. Así ocurre que ella se estaba preguntando qué hora sería en Tokio y ahí la tiene. Nadie puede negar que estas son las pinturas rupestres más impresionantes de la historia. Basta pensar, para empezar, en el recibo de la luz. Líder Mundial. Estimula Tus Sentidos. Prueba El Mejor. Algunos de mis mejores amigos son eslóganes. Los eslóganes salen juntos después del trabajo, parpadean y palpitan, cotillean sobre ese amigo común cuya clásica historia del pobre que hace fortuna se ha convertido en un musical de gran éxito: Latiguillo por los pelos. Las colas dan la vuelta a la esquina. Todo el mundo es una estrella.

Fermenta la idea de metrópoli hasta que quede reducida a unas manzanas, espolvoréala con una pizca de modernez y una cucharada de tribulación. Añádase orgullo desmedido al gusto. Tamaño de las raciones: mucho. Hace tiempo que este lugar dejó de necesitar de la mano del hombre para funcionar, ahora ya opera a voluntad, pero fingir que se ocupan del mantenimiento les ayuda a dormir mejor por las noches. Los veteranos hacen equilibrios sobre escaleras destartaladas y desenroscan las piezas rotas. Reemplaza, reemplaza. Desprecia este lugar por recordarte tu irrelevancia. Da testimonio de la gran variedad de obsolescencias. Los papeles que le ofrecen hoy en día son las madres de las ingenuas que antes solía interpretar. El coro del Esa es Fulanita la persigue al pasar con sus gafas de sol. Es su primera visita en años y al mirar a su alrededor se acuerda del día en que comprendió que su hijo era un hombre mejor de lo que él sería nunca. Espera turno, hay amargura para dar y repartir. Desvía toda la energía que atrae este lugar hacia tu subconsciente. Sería más o menos así.

Que los bocinazos empiecen nanosegundos después de que cambie el semáforo, en ambos sentidos de la avenida. Toca el claxon cuanto quieras, hombrecillo, porque no vas a ir a ninguna parte. Tenemos todo un atasco entre manos, todos los giros erróneos de la civilización nos han conducido hasta aquí, parachoques contra parachoques, sin seguro ni documentación. Ella ha pasado mucho pero el maquillaje oculta esas pequeñas marcas y abolladuras. Visitantes de tierras devastadas por la guerra se adentran en esta confusión desde los hoteles y se sienten como en casa. ¿Se han dejado la plancha enchufada? ¿Se pueden fiar del cuidador de sus mascotas o hijos? Bonito lugar para venir de visita, pero no quisieran vivir aquí. Los restos de limones exprimidos en el fondo de tazas de recuerdo de tamaño gigante significan decepción. Haz acopio de camisetas. Pregunta una dirección por quinta vez, a ver si sirve de algo. Las agujas de brújula giran como locas, se sobresaltan cuando se les pide que marquen el norte. Los

hablantes de lengua extranjera recurren a sus clases de inglés e intentan conjugar este desorden. ¿Cómo se dice: Estoy perdido e indefenso? ¿Cómo se dice: Estoy solo y desesperado? No hay necesidad de traducir los semáforos, los semáforos dicen lo mismo en todos los idiomas. Alza la vista al cielo y la riada humana te arrastrará, te depositará a manzanas de distancia, exactamente donde querías estar. Déjate pasmar por lo improbable de lo ocurrido, como si seres humanos vestidos con esmoquin y sombrero de copa salieran de piscinas llenas de aminoácidos.

Cuanto más grande, mejor. Más brillante y más deslumbrante. Los edificios crecen, enterrándonos cada vez más hondo mientras juegan a ver quién es más gallito. Es una carrera hacia el cielo; el último en ser construido ha salido rana, sus plantas están llenas de abogados. Arriba, en la oficina central corporativa del combinado del entretenimiento, los ejecutivos deciden tu vida onírica. Abajo, los vendedores ambulantes ofrecen ardor de estómago, pero al menos llevan los guantes que exigen las regulaciones sanitarias. Un hombre reparte folletos y lo rehúyen como si entregara un fajo de virus y no simples anuncios de descuentos en prótesis. Ex carterista, ahora empuja butacas manchadas de sangre a descoloridos espectáculos de Broadway El representante de bombillas en su primera visita gira presa del regocijo y dice: Ya sabemos dónde endosar todas las bombillas de colores. Todo el mundo vende algo. ¿He mencionado mi oferta especial de lanzamiento? La oficina de reclutamiento de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos tiene un inmueble de primera, convenientemente situado en una confusión que nos convierte a todos en un ejército unipersonal. Protege tus fronteras. Apela a los instintos de supervivencia. Entra en la sala de juegos. Los expertos coinciden en que los juegos mejoran la coordinación mano-vista. Los delincuentes juveniles gorrean monedas de veinticinco centavos para las máquinas, buscan en el fondo de los bolsillos mentiras que contar a padres y polis. Los niños de las afueras negocian entre sí con las mejores coartadas. Aprended ciertos trucos del mundo adulto mientras sigáis aquí abajo, niños. Aprended que no existen las coartadas de sobra.

La gente del mundo del espectáculo corretea y se apresura, indistinguible de los civiles. La magia del teatro. ¿Dónde está el libro de hechizos que transforme sus instantáneas más recientes en desplegables de revista ilustrada, que insinúe su nombre en los pies de foto de los paparazzi? Los errores de cálculo de anoche son las lagunas en blanco de esta mañana. Sonríe misteriosamente cuando te presionen para sacarte información. Con tal de que escriban bien su nombre, basta. Espera a ser descubierta. ¡Buena suerte! Noche de estreno para esa pareja que se da ánimos cogidos de la mano. La reseña saldrá por la mañana. Ultima noche para ese dúo que huye en taxis separados. Que empiece de nuevo el reparto de papeles. Los críticos afilan sus navajas, su última humillación les sirve de piedra de afilar. Espera tu gran oportunidad, hasta entonces eres suplente de ese nombre acabado del pasado que lleva años vistiendo tu cara y tu nombre. Tal vez algún día consigas salir al escenario.

La ha visto noventa y ocho veces y cada nueva representación ilumina un nuevo rincón de su alma. Aparta la vista de un espectáculo horrible. El primer actor recita mentalmente los insultos de su padre mientras sus labios pronuncian los diálogos con pasión perfeccionada. En el escenario, rebosa sentimiento. Estamos en la era mecánica. ¿Qué error en su educación los atrae aquí noche tras noche, a presenciar este mundo mejor de chuchería donde se exilian? En Nochevieja los ciudadanos se reúnen temblorosos para presenciar una última salida a escena de los actores antes de dejar paso a la siguiente producción. El reparto en pleno firmó programas y recibió felicitaciones, repartió los puros: es un recuerdo. Esperar a los ídolos junto a la puerta de atrás. Incluso una sola mirada borraría mil cosas. Cuando el revólver se vacíe nadie dudará de que es el fan número uno.

Analogías forzadas pero que no obstante sirven de inspiración tomadas del mundo natural. Un Agujero Negro. Visible desde el espacio, con una fuerza

gravitacional tan potente que ni siquiera la vida puede escapar de él. Los metros tratan de evitarlo, pero todas las líneas y las rutas terminan girando hacia sus enormes miserias. Un Gran Corazón. Congestionado por quienes coagulan esta vía pública. Una dieta más sana incluiría reducir nuestra presencia. O quizá seamos no tanto intrusos como partes integrales. La gente es atraída hasta los ventrículos, luego desterrada a arterias y avenidas para alimentar a otros barrios con sus conocimientos recién adquiridos. ¡Qué prisas! Una Verdad Geológica. Donde chocan dos placas tectónicas se generan presiones o terremotos, Broadway se incrusta en la Séptima perpetuando una disputa ancestral. Sus argumentos son predecibles, mensurables y sísmicos. ¿Cómo explicar si no el temblor que notas bajo los pies y la sensación de peligro?

Oh, las luces. De noche se necesitan gafas de sol. Epilépticos, cuidado. Las siguientes cosas centellean: dientes y marquesinas, relojes de pulsera y pendientes nuevos, un alma de vez en cuando. ¿Cómo va a destacar esta última, perdida entre tantas cosas relucientes? Ya podrían parar de saludarle los imbéciles esos del autobús turístico de dos pisos, le están avivando las inseguridades. Bajo la luz, ¿qué somos sino carne blanda? Colócanos frente a los rayos X y mira dentro, somos todo debilidad y defectos. El Mundo del Mirón. Parque de Juegos. Palacio del Placer. Las conocidas degradaciones siguen repletas pese al paso de los años. Este espectáculo nunca cerrará. No se requiere audición. Una cosa te voy a decir, estas nuevas leyes de zonificación han significado un duro golpe para la industria de los pañuelos de papel. No obstante, el tipo ese del mono pasa la fregona. Se han pasado a formato digital películas de dieciséis milímetros originalmente rodadas para proyectores situados en sótanos y así se han adaptado para centros de entretenimiento familiar. Ella prefiere el término Actriz de Cine para Adultos. Todos los pobres huerfanitos tienen clubes de fans y páginas web. ¿Y dónde están los chulos del pasado, nuestra colección de El Flaco y El Papaíto varios? Hace tiempo que los expulsaron a la fuerza otros trabajadores mejores, más consolidados, con sus cuadras de animales de marca registrada y sus franquicias. Prostitutas explotadas públicamente

vigilan las esquinas, suave caricia de algodón y poliéster al cincuenta por ciento. ¿Cuánto cuesta un polvo con mamada? En lugar de «todo lo que quieras», en el acogedor restaurante temático ofrecen «todo lo que puedas comer». Así es mejor. Los puteros viajan en grupo, en hordas familiares, con cupones recortados de las agencias de viajes. Así es mejor, además pagan impuestos y, por otro lado, ¿dónde ibas a meter un Cadillac con toda esta nueva legislación bizantina sobre las zonas de aparcamiento?

Los criminales más curtidos se dan aires. Ese, para ti, es el doctor Sordideces. Todo seguro y domesticado. Ella les cuenta a sus amigas de fuera de la ciudad que ya no es como antes. Lidera la expedición con una sonrisa. Cuanto más tiempo lleva viviendo aquí, más vulgaridades tiene que describir a los que llevan menos tiempo y trata con prepotencia. Puntos extra si me dices qué había en ese local antes de los últimos tres restaurantes: un restaurante. Fino contrachapado hace guardia donde antes se levantaban edificios, es el guía del abismo. Prohibido Fijar Carteles. Pero se fijan. Alegres grúas levantan vigas, se llevan los escombros. Cualquier día verá una bola de demolición balanceándose o a la vieja bestia implosionar entre nubarrones de polvo o al menos oirá un gran estruendo a un par de manzanas de distancia y sabrá que por allí cerca se está llevando a cabo una entrañable destrucción. Todos disfrutan en secreto de la violencia de la que son víctimas sus vecindarios y ex guaridas porque en cuanto desaparecen pueden jactarse de haberlos conocido en su apogeo. Quejarse es pertenecer, poseer propiedades. Por una vez, nada de alquileres.

Sigue el sendero y no verás a la gente hecha ruinas, así que no te desvíes del camino. Electrodomésticos rebajados y vidas rebajadas. No Se Admite Efectivo. Los carteles más acertados, los que anuncian Miseria y Fatalidad, solo se cuelgan pasada la medianoche. Bebamos en el Oíd Man Bar. Los maestros de antaño han muerto y se llevaron consigo sus secretos, de modo que nunca más veremos neones como los de antes. Se te echa muchísimo de menos. El silencio se apodera de la sala cuando alguien dice: Trasplante de

hígado. Ya sabes lo que pasa en este negocio, o te haces rico o te mueres de hambre. Él le ha dicho que quiere fotografiarla, que tiene contactos, pero solo se sentirá segura cuando baje de nuevo a la calle con al menos la mitad de lo que llevaba al subir. No subestimes la fuerza de voluntad que exige cumplir con el tópico. Seguir el guión. Es todo pura fantasía. Como los finales felices.

Él no recuerda la dirección exacta pero está seguro de que reconocerá el lugar en cuanto lo vea. Los viejos lobos de mar hacen listas con lo que ya no está. El productor famoso está de vacas flacas y los leales miembros de su compañía ilocalizables porque en la actualidad todos los talones que firma rebotan más alto que los rascacielos. Nadie contesta a su anuncio en busca de Queridos Personajes de Times Square. Los marineros de permiso han embarcado. Las chicas del cancán toman penicilina. Los boxeadores de tercera con sus epifanías de sonado pasan la jubilación en condominios de Boca y quién va a culparles de nada con esos inviernos suaves. Lamenta las desapariciones. Intenta encender una vela pero las cerillas se apagan una tras otra. En estos viejos teatros hay muchas corrientes de aire. Como si los viejos teatros siguieran en pie.

Ciudad de bares clandestinos, fabricante principal de golpecitos a puertas, contraseñas y entradas secretas. Han pasado siglos, pero ten paciencia. Pronto lo encontrarás. Miran hasta en el último rincón. Chuletas a siete dólares. Las cintas que a ella le gustan. La tienda que se dedica a la cultura, venta y cuidado de sombreros de fieltro de ala estrecha. No te dejes engañar por las señales nuevas y de plástico. Si necesitas la dirección lo bastante, acabarás encontrándola. Incluso los patrones se ganan sus laureles de vez en cuando. La tiendecita especializada en Segundos Actos de Vidas Americanas seguirá en sus trece. Prácticamente trabajan solo por encargo, pero no se anuncian, basta con el boca a boca. Justo en la puerta de al lado está la agencia de viajes que solo vende billetes de ida fuera de la ciudad. Sus clientes nunca repiten y no obstante cuenta con una clientela constante,

un flujo cansino de gentes que huyen, que zozobran, que han fracasado. Estas tiendas llevan años ahí y ahí se quedarán porque cubren una necesidad. Se arreglan los exteriores y se cambian enlosados, se tapan grietas y se maquillan desperfectos, pero es imposible ocultar su naturaleza. Algunas cosas no pueden demolerse. Algunas cosas perduran y devienen cimientos inamovibles. Lo encontrarás enseguida porque es importante. Lleva ya bastante rato así, pero si sigue buscando lo encontrará, encontrará la tienda donde aquella vez consiguió lo que necesitaba y mira, ahí está, no ha cambiado un ápice en todos estos años y el tipo del mostrador todavía le conoce por su nombre.

Esta ciudad es una recompensa por todo lo que te permitirá alcanzar y un castigo por todos los crímenes que te forzará a cometer. Es como si aquella mujer hubiera resuelto un enigma mientras espera en la esquina a que cambie el semáforo, mírale la cara, sonriéndole a la nada. A esa luz pura y titilante. Siempre se sienten un poco raros cuando logran entender este lugar. Parados en las esquinas, evitados por el gentío como si fueran profetas o vagabundos. Esquívalos como harías con cualquier ángel que te pasara rozando. La soledad es lo peor, porque este conocimiento no se puede compartir, solo padecer. Menos mal. ¿Por qué cualquier otro tendría que tenerlo más fácil? Así habla un verdadero neoyorquino.

JFK

Hora de marcharse.

Todo está empaquetado. Toda la documentación necesaria, a buen recaudo en bolsillos y bolsos. El tiempo ha pasado rapidísimo. Dedica un momento a echar la vista atrás y lamentar todas las cosas que no llegaste a hacer, todos los lugares que no llegaste a visitar. Lo que no viste. Prométete: Quizá la próxima vez.

Dando por supuesto que seguirán aquí cuando por fin regreses.

A veces las cosas desaparecen.

El aeropuerto es una más de las muchas salidas convenientemente ubicadas. En las bellas terminales puedes partir hacia cualquier lugar del mundo. Los nombres de las compañías aéreas los clasifican según el destino. Muévete y haz lo que te dicen. Llegar a casa es solo cuestión de tiempo.

Siéntate.

Cuando hables de este viaje, que lo harás, porque ha sido toda una experiencia y has presenciado muchas cosas, ha tenido sus altos y sus bajos, repentinos reveses de la fortuna y escapatorias en el último minuto, algo impresionante, verás a tus amigos asintiendo como si entendieran. Dirán: Eso me recuerda a…; y dirán: Sé exactamente a lo que te refieres. Saben de qué estás hablando antes de que las palabras salgan de tu boca.

Hablar de Nueva York es un modo de hablar del mundo.

Despierta. Deshazte definitivamente del sueño con un estremecimiento. Imposible que esta criatura gigantesca haya despegado. Esta gárgola inverosímil de alas imposibles. Hay que ver las vueltas que damos a veces. Acomódate para el trayecto y olvida. Por favor, olvida. Intenta olvidar poco a poco, te será más fácil. Déjalo atrás. Entonces el avión se inclina en su huida y por encima del ala gris la ciudad se expone repentinamente a la vista con todos sus kilómetros y sus agujas y su ajetreo inescrutable y al

intentar abarcar todo ese espectáculo comprendes que en realidad nunca has estado allí.

El autor quisiera agradecer a amigos y vecinos su colaboración en este proyecto: Nicole Aragi, Nicholas Dawidoff, Richard Nash, Tina Pohlman, Bill Thomas y Kevin Young. Estas páginas estarían en blanco sin el amor y el apoyo de Natasha Stovall.

COLSON WHITEHEAD (1969, Nueva York) es autor de *La intuicionista* (2000) y *Zona Uno* (2012), entre otras novelas y ensayos. Su última novela, *El ferrocarril subterráneo* (2017), fue merecedora del Premio Pulitzer 2017 y del National Book Award 2016. Es profesor en las universidades de Columbia y Princeton, y ha recibido las becas Guggenheim y MacArthur.

Índice de contenido

Los límites de la ciudad

Port Authority

La mañana

Central Park

El metro

La lluvia

Broadway

Coney Island

El puente de Brooklyn

La hora punta

Downtown

Times Square

JFK

Agradecimientos

Sobre el autor